

AÑO II.

Madrid, 16 de Diciembre de 1877.

NÚM. 2.

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
calle del Sordo, 29, tercero.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año..... 20 pesetas.
Seis meses..... 11 »
Tres..... 6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año..... 25 francos.
Seis meses..... 14 »
Tres..... 8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año..... 8 pesos fuertes.
Seis meses..... 4,50 »
Tres..... 2,50 »

ADMINISTRACION:

VILLANUEVA, 6, MADRID.

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Historia anecdótica del café, por el Conde de Fabrequer. — La Sociedad de caza en Madrid. — Los Tentaderos, por X. — Pasarse de listo, novela, por J. Valero. — La Duquesa, por F. C. — Las Chochas, por Venator. — La Farsa en la compra-venta de caballos, por J. Senén. — Noticias generales. — Aviso importante. — Noticias de la sociedad, por K'Sabal. — Mercados, por ***. — Nociones de jardinería. — Tiro de pichón de Lisboa. De Madrid, por Avelino. — Mercado de Madrid. — Cuadrado de palabras. — Anuncios.

HISTORIA ANECDÓTICA DEL CAFÉ.

I.

El año de la Egira 656, el mollah Schadely marchó en peregrinación á la Meca. Al llegar á la montaña de las Esmeraldas se volvió hácia su discípulo Omar, y le dijo:

— ¡Moriré en este sitio! Cuando haya exhalado mi alma, te se aparecerá una persona cubierta con un velo: no dejes de ejecutar las órdenes que te dé.

Habiendo muerto el venerable Schadely, Omar descubrió en medio de la noche un espectro gigantesco cubierto con un velo blanco.

— ¿Quién eres tú? — le dijo.

El fantasma se levantó el velo, y Omar vió con sorpresa al mismo Schadely, que habia crecido más de diez codos lo ménos despues de su muerte.

El mollah le entrega una bola con órden de no detenerse sino en el sitio en que se parase la bola, que debia echar á rodar.

— Allí, añadió, — te aguardan grandes destinos.

Omar echó á rodar la bola, poniéndose inmediatamente en camino en su seguimiento. Al llegar á Moka, en el Yémen, reparó que la bola se habia quedado parada é inmóvil.

Allí debia, pues, detenerse.

La hermosa ciudad de Moka se hallaba devastada por la sarna. Omar se puso á hacer oracion por los enfermos, y como el santo varon estaba muy bien con Mahoma, muchos sanaron por sus oraciones.

La sarna, sin embargo, continuaba haciendo sus estragos. Cayó enferma la hija del rey de Moka, y su padre la hizo llevar al derviche, que la curó; empero como esta jóven princesa era de una extraordinaria belleza, despues de haberla curado el

bueno del derviche, trató de robársela á sus padres.

Al Rey le gustó muy poco este género de honorarios, y Omar fué arrojado de la ciudad y desterado á la montaña de Ousab, teniendo que alimentarse con hierbas y que vivir en una caverna.

— ¡Oh Schadely, mi querido maestro! — exclamó un dia el infortunado derviche, — si éstos eran los destinos que me aguardaban en Moka, no valia la pena de que me hubieses dado una bola para llegar hasta aquí.

A estas bien fundadas quejas, respondió de repente un canto de una incomparable armonía, y un pájaro de un maravilloso plumaje vino á posarse sobre un árbol.

Lanzóse inmediatamente Omar sobre el hermoso pájaro que cantaba tan bien, empero no descubrió sobre las ramas del árbol sino flores y frutas.

Omar se hallaba en ayunas, lo que le sucedia con frecuencia; hizo provision de aquellas frutas, que le parecian deliciosas, y se llenó de ellas los bolsillos y se volvió á su caverna.

Al ir á cocer unas hierbas para su comida le ocurrió la idea de sustituir á su triste puchero las sabrosas frutas que acababa de cocer, y obtuvo así una exquisita y perfumada bebida.

Era el café.

Tal es la leyenda árabe. Veamos ahora la leyenda turca.

Un jóven pastor, llamado Kaidi, notó un dia que las cabras, cuya conducta hasta entónces habia sido irreprehensible, saltaban y hacian las más extravagantes cabriolas. Hasta el mismo macho cabrío, el venerable macho, tan digno, tan mesurado y tan grave de ordinario, saltaba y triscaba como un cabritillo.

Kaidi atribuyó aquella loca alegría á ciertas frutas que con gran delicia habian pastado las cabras.

La historia cuenta que aquel pobre pastor tenia pesares y disgustos, y que con la esperanza de alegrarse un poco, cogió de aquellos granos y los comió.

Le salió su deseo á pedir de boca: olvidó sus pesares y fué el más alegre y venturoso pastor de la Arabia feliz.

Quando bailaban las cabras, él tomaba alegremente parte con ellas, formándolas *vis á vis* con el mayor entusiasmo posible.

Un dia pasó un monje por allí y se quedó asombrado de hallarse en un baile completo.

Unas veces las cabras, á fuerzas de cabriolas,

ejecutaban una especie de cadena de señoras, mientras que el macho cabrío describía gravemente balanceándose él solo, y el pastor figuraba una excéntrica pastorela.

Estupefacto se quedó el monje, que se informó de aquel furor coreográfico, cuando Kaidi le contó su precioso descubrimiento.

Hay que saber que aquel pobre monje tenía un gran pesar, se dormia en medio de sus oraciones, y Mahoma sin duda le revelaba aquellas maravillosas frutas para vencer y dominar su sueño.

La devocion no está reñida con los instintos gastronómicos. Los de nuestro buen monje no eran vulgares, porque imaginó el hacer secar y cocer las frutas del pastor.

Esta ingeniosa decoccion dió el café.

Presto todos los monjes del reino usaron esta bebida, porque excitaba á la oracion desvelándose, y mejor que nada, porque no era desagradable.

Los turcos creen que el café le fué revelado á Mahoma por el ángel Gabriel, que se le ofreció en una copa hecha de un solo diamante.

Doctores muy graves pretenden que el famoso repantes de Homero, que la bella Elena presentó á Telémaco para alegrarlo en un festin, no era otra cosa que el café.

Cuenta la Biblia, que la encantadora Abigail, mujer de Nabal, hizo servir á los guerreros de David setenta y siete medidas de kali.

El kali significa granos tostados, y por eso los sabios han decidido que el kali no podia ser más que kahué; es decir, el café.

Mucho me gusta el contemplar al jóven Telémaco y al santo rey David tomando su taza de café, pero lo que más me encanta es el ver al hermoso arcángel Gabriel transformado en mozo de taberna para servir el café á Mahoma.

¡Que nos vengan luégo diciendo que los turcos no son gentes de imaginacion!!!

II.

Segun Kaynal, el café es originario de la alta Etiopía, en donde se conoce desde tiempo inmemorial.

Desde las orillas del mar Rojo, pasó en seguida á Medina, á la Meca y á los países musulmanes.

En 1555, dos socios de Damasco fundaron en Constantinopla el primer café que ha existido.

Presto los doctores, los derviches y toda la gente de letras se agolparon en aquel afortunado es-

tablecimiento, que tomó el nombre de Escuela de los sabios.

Venecia fué el punto de Europa donde por primera vez se probó el café, gracias á Pedro de la Valli.

La Koque y Thevenot lo introdujeron, el uno en Marsella, en 1644, y el otro en París, en 1617.

Tenemos ¡ay! que confesar que el café fué bastante mal recibido en Francia.

En 1669, Soliman Aga, embajador de Mahomet IV, en París, convidó á los principales señores de la corte á que fuesen á tomar café á sus hermosas habitaciones. La nobleza de Francia quedó pasmada de admiración ante las ricas babuchas del embajador, empero hizo un gesto de desagrado ante su licor amargo y negruzco. El café hubiera tal vez gustado si hubiese sido gris-verde ó azul-celeste.

El armenio Pascal, que acompañaba al Embajador, abrió el primer café público en el año 1670 en la feria de San German.

Desgraciadamente entónces el café costaba 80 pesetas la libra, y Pascal se tomaba más que vendía.

Un día, pues, cerró su tienda y se llevó sus cafeteras á Londres, en donde tuvo una gran acogida é hizo un negocio prodigioso.

Por esta misma época el café penetraba en Austria y recibía de aquella nación la más brillante y cordial acogida.

Era el año de 1683. Llamaban los turcos á las puertas de Viena, visita tanto más incómoda, cuanto era ménos esperada. No había ni un solo escuadrón para recibirlos. El ejército austriaco se hallaba acampado á una gran distancia de la ciudad. ¡Cómo avisarle! ¡Cómo llegar hasta él! Viena estaba perdida.

De repente un soldado polaco, al servicio de Austria, Kuleyhi, se disfrazó de turco, atraviesa el campo enemigo y hace saber á sus jefes los peligros de la capital.

Inmediatamente el ejército austriaco, aumentado con las tropas del bravo Sobieski y rey de Polonia, se lanza sobre Viena, cae sobre los sitiadores y los pone en completa derrota.

Después de haber hecho una horrible carnicería en los musulmanes, el intrépido Kuleyhi se apoderó de una enorme cantidad de café que los turcos habían abandonado en su fuga, y cuando el Emperador le preguntó después de la batalla qué deseaba por recompensa, el soldado solicitó y obtuvo sencillamente el permiso de abrir en Viena un establecimiento para vender el café del enemigo.

El héroe polaco se convirtió en cafetero, y muy pronto en millonario. Por su parte, el Ayuntamiento de Viena decretó que se celebraría con gran pompa el aniversario del café de Kuleyhi, y que el busto del glorioso soldado adornase todos los cafés que en lo sucesivo pudieran establecerse en Viena.

Todavía existe el café Kuleyhi y es el punto de reunión de los patriotas polacos que acuden allí á beber como..... como polacos patriotas por la resurrección de la antigua Polonia.

Allí se ven muchos bustos del salvador de Viena, empero no se ven más que allí. ¡Cómo ha de ser! ¡Mucho han cambiado las cosas desde el tiempo de Sobieski en Viena, especialmente su Ayuntamiento de 1683!

Sigamos el café en sus singulares peregrinaciones.

Los príncipes árabes, para conservar el exclusivo monopolio de tan precioso fruto, dieron un edicto que prohibía bajo pena de muerte la exportación de cualquiera planta de café fuera de su país.

Este edicto no bastó á impedir que el holandés Van-Herce se procurase un esqueje ó pié de cafetal que se llevó á Batavia.

De este pié descienden todos los cafetales de la India, de la América y Oceanía.

Veamos cómo.

El cafetal de Van-Herce prendió completamente y prosperó en Batavia. Uno de sus descendientes, trasportado á Amsterdam como objeto de curiosidad, tuvo igualmente una familia numerosa, y uno de sus tallos ó retoño fué ofrecido á Luis XIV, que lo entregó á los profesores del Jardín Botánico. Este, á su vez, engendró tres pequeñas plantas de café que Antonio de Jussien confió al caballero Desclieux al marchar á la Martinica.

Terrible fué la travesía: llegó á faltarles el agua y se puso la gente á racion.

Desclieux prefirió soportar los tormentos de la sed á dejar perecer las preciosas plantas que se le habían confiado.

Vertió para regarlas hasta la última gota de agua de su tasada porción.

Al llegar al fin á la Martinica, dos de aquellas plantas habían perecido. Quedábale solamente una.

De ésta han salido todas las plantaciones que cubren hoy las Antillas y las cálidas comarcas del continente.

¡Cuántos millones ha valido á la Francia la abnegación del valiente Desclieux, y cuántos goces no ha proporcionado á la humanidad!

Todo tiene su enemigo, por cabal y perfecto que sea. El café los ha tenido terribles: reyes, emperadores, sacerdotes y ministros.....

En 1675, en tiempo de Carlos II, se suprimieron todos los cafés en Inglaterra, como foco de sedición. Aquel rey hallaba que se hablaba con demasiada osadía de su Gobierno.

En tiempo de Mahomet IV, el gran visir Kuproli hizo igualmente cerrar todos los cafés de Constantinopla, porque allí se hablaba de él con poco respeto y se criticaba su política.

Convicto de excitar al odio y desprecio al Gobierno, el café fué declarado bebida revolucionaria y proscrito del Imperio.

En el Cairo hubo todavía más.

Los cafés estaban llenos de gentes, y poco concurridas las mezquitas, ó casi vacías. El café fué declarado licor impío.

Abdallah Ibrahim predicó altamente contra el café en la mezquita de Hassasania.

« Los que le tomen, gritaba, se despertarán en el día del Juicio final con sus rostros más negros que el fondo de las vasijas en que se prepara este licor.»

Todas las coquetas de la ciudad renunciaron al café por miedo de resucitar con caras de negras.

En Alejandría se formaron dos partidos: el uno en pro y el otro en contra del café. Se armaron las gentes, se batieron y corrió la sangre por las calles.

El comandante de la ciudad convocó á los doctores de Alejandría y les rogó que diesen su opinión sobre las propiedades del café.

Después de haber escuchado sus largas discusiones declaró visto el pleito, levantó la sesión é hizo servir café á todo el mundo.

Esta medida tan justa como ingeniosa, restableció la tranquilidad en la ciudad.

En Smirna, por el contrario, los enemigos del café triunfaron. Apalearon á los pobres cafeteros y quemaron en la plaza pública sus mercancías.

Hoy estamos, mil gracias á Dios, muy lejos de semejantes atrocidades. No se quema el café sino para darle color y perfume.

Corre pacíficamente desde Londres á Calcuta, desde Lisboa á Pekin. El mundo entero toma su tacita de café, y si las predicciones del elocuente Ibrahim llegasen á realizarse, creo que en el día del juicio final todos resucitaríamos un poco negros en el valle de Josafat.

III.

París es, después de Constantinopla, la ciudad del mundo en que se toma más café.

Este es el orden en que los gastrónomos, según su mérito, colocan el café.

El Moka.

El Martinica, fino verde.

El Guadalupe, primera cualidad.

Por último, el Borbon, que á pesar de las debilidades de su aroma, tiene cierto aire de familia con el Moka.

Estas cuatro clases forman la aristocracia del café.

Después viene el Cayena, el Ceylan, el Brasil, el Java, el Habana, Puerto-Rico, el Sumatra, cuyo aroma, ménos aristocrático, tiene más energía que finura.

El Moka es el rey, así como es el padre de todos los cafés. A España no viene mucho.

Los turcos lo guardan para sí y hacen bien.

Este excelente café se divide también en tres clases, de cualidades diferentes.

La primera, llamada *bahouri*, está reservada exclusivamente para el uso del Sultán y del serrallo.

La segunda, que es el *faki*, hace las delicias de los bajás.

La tercera, que se llama *falabi*, sirve de consuelo al proletario musulmán, esperando saborear el *bahouri* en el paraíso de Mahoma.

IV.

Pretendía Fontenelle, que murió á los 90 años de edad, que sólo había comido en toda su vida tres melocotones buenos.

Había tomado nota de la fecha y del sitio en que había saboreado estas frutas, sin falta ni pero alguno, empero no dice cuántas veces tomó buen café, lo que no es ménos raro que los buenos melocotones.

Todos saben algo de cocina, pero pocos saben hacer un asado; y para hacer bien el café se necesita un dón especial. ¿No es cien veces más difícil y escabroso y más delicado que hacer un guisado? Así los verdaderos aficionados al arte culinario, los genios de este arte, no desdennan echar mano á la cafetera.

Sabido es de todo el mundo que Luis XV y Voltaire se hacían ellos mismos el café.

No hay para qué decir que los cortesanos se apresuraron á imitar al Rey. Marquesas y Duquesas se proveyeron á porfía de su molinillo de café y de su cafetera. Además, era entónces de muy buen tono el cocinar algo.

El Duque de Richelieu pasaba por una notabilidad en el arte de hacer y doblar una tortilla, y el gran canceller Meaupon hacía excelentes buñuelos y demostraba en ello un grandísimo talento.

Voltaire no encontraba bueno sino el café que él mismo se hacía, y rara vez tomaba otro.

El buen abate y poeta Delille, hablando con el café, entusiasmado decía:

« Es gran placer para mí,
Y me enajena de gozo,
El preparar en mi mesa
Ese néctar delicioso.
Sobre un brasero ardiente
A tostar sus granos pongo,
Y su dorado color
Con el fuego en negro torno.
Los aromáticos granos
Después reducidos á polvo,
En un trasparente vaso
En infusión los coloco,
Y ebrio de placer contemplo
Como hierve poco á poco,
Y en extraño torbellino
Sube el néctar delicioso.
Y trasladado á mi taza
Me proporciona un reposo,
Un bienestar y ventura,
Que casi me vuelvo loco!..»

Los turcos sobresalen en el arte de preparar el café, que llaman la haba del amor, la bebida de los dioses, las delicias del paraíso.

En Constantinopla, una casa de tono tiene por lo ménos dos *kareglis*, es decir, dos oficiales para hacer café.

En el serrallo hay muchos *kareglis*, y cada uno tiene á sus órdenes á muchos *cattugis*, encargados de hacer á su vista el café.

Cuando se casa un turco, uno de los compromisos y obligaciones que contrae es el de que no le falte nunca café á la mujer con quien se casa. Esto es quizá más prudente que el jurarle fidelidad.

En Persia, el preparar el café es una especie de honor reservado al amo de la casa.

Entre los árabes echa siempre el café en las tazas la persona de más edad, ó la más recomendable de la sociedad.

Se bebe con recogimiento, y después se recitan versos en su alabanza.

«Sólo conoce la verdad, dice un árabe, el hombre sensato que ha vaciado la copa en que se espuma el café.»

«El café es nuestro oro, responde la sociedad, es la bebida de los hijos de Dios, es el agua que lava nuestros pecados, que consume nuestras penas.»

Por esta cuenta el árabe no debe tener muchos pesares, porque se toma lo ménos 20 tazas de café al día.

Después de los orientales, los italianos primero, y después los franceses, son los más aficionados al café.

Los españoles prefieren el chocolate, los ingleses el té, los rusos el aguardiente y los alemanes la cerveza.

Estos últimos también hacen justicia al café, y si pueden, mejor toman cinco tazas que una; pero su simpatía se extiende á todos los líquidos conocidos en general, y á los alcohólicos en particular.

El poeta Duclos todos los días andaba una legua para ir á casa de su tía, que era una buena señora anciana, donde tomaba una taza de excelente café.

Cuando murió la buena señora quedó inconsolable Duclos.

—Vamos, le decían sus amigos, todos somos mortales, y vuestra tía tenía ochenta y ocho años!

—Es verdad, respondió el poeta, era muy vieja; pero; me quería tanto y hacía tan bien el café!

Diderot cuenta en sus Memorias que su mujer le daba todos las mañanas nueve cuartos para ir á tomar café al boulevard.

La buena mujer le recomendaba siempre que le trajese los terrones de azúcar que le sobraban.

El terrible Danton nunca salía á la tribuna sin haberse tomado muchas tazas de café. Llamaba á esto dar cebada á su caballo.

El que era un gran aficionado al café, era Carlos Nodier.

Un día que se iba paseando por el jardín de las Tullerías, trabó conversación con un señor que iba echando miguitas de pan á los pajaritos del jardín.

Era un hombre de distinguida aperiencia, elegantemente vestido, con voz afable y simpática fisonomía. Recayó la conversación sobre el café y no tardó en animarse.

Carlos Nodier estaba en favor del café verde de la Martinica, y el señor por el Borbon.

—Y bien, exclamó Nodier, aquí teneis mi tarjeta. Venid á mi casa mañana y os haré tomar Martinica.

—Pues bien, respondió el señor, aquí teneis igualmente mi tarjeta, y os aguardo pasado mañana y beberemos Borbon.

Después de este doble encuentro, Nodier se confesó vencido: el Borbon era superior.

Los combatientes se separaron dándose la mano de amigos, y prometiéndose renovar á menudo este desafío lleno de encantos.

El Sr. Antonio, el adversario del célebre escritor, era un bellissimo sujeto, de talento, instruido, aunque un poco tímido, y vivía en una casa muy elegante y muy cómoda.

Carlos Nodier se complacía mucho en ir á la casa de su amigo.

A la mañana siguiente de su famoso desafío de la Martinica y de Borbon, Nodier se paseaba en el boulevard con un magistrado amigo suyo. Acertó á pasar por allí el Sr. Antonio, y Nodier le saludó amistosamente con la mano.

—¿Conoceis á ese hombre? le preguntó el magistrado.

—Es un amigo nuevo, un hombre excelente, que toca muy bien y hace versos y un excelente café.

—Y que corta las cabezas, le interrumpió el magistrado; ese señor es verdugo de París.

A punto estuvo el pobre Nodier en caer en medio del paseo desmayado.

Su afición le había llevado á tomar café con el verdugo.

En más de ocho días le fué imposible el tomar una gota de café.

Cuando acercaba la taza á sus labios veía siempre delante de sí á su amigo Antonio, ¡el verdugo de París!

A propósito de aficionados al café, no podemos olvidar al Marqués de Sabagnac, un caballero muy particular.

Obligado á tomar el camino del destierro en 1793, el Marqués se fijó en Hautzen, pequeña población de Alemania, donde se encontraba componiendo canciones contra Robespierre.

El Marqués era gastrónomo, es decir, desgraciado en la patria del jamon ahumado y de la salchicha.

El cielo tuvo, sin embargo, compasión de él, y le proporcionó que la hija de su huésped tuviese el don de hacer un incomparable café.

Un día llegó Sabagnac radiante de alegría á

casa de su huésped. Las puertas de la patria se habían abierto para él. Ya veía en su imaginación las almenadas torres de su castillo, empero á su alegría se mezclaba una grave inquietud.

¿Quién le haría en Francia su café? Llevarse á la hija del huésped á Francia era difícil. ¿Y con qué título? De criada, sus padres, aunque pobres, eran orgullosos y no lo consentirían. Al fin Sabagnac se armó de valor. Tomó dos buenas tazas de café, abrazó á todo el mundo y se puso en camino.

Al llegar á Stutgard el Marqués pidió café, y era execrable.

En Calsruhe lo halló abominable.

En Rastadh, horroroso.

Al fin el Marqués ya no pudo aguantar más, tornó brida á su caballo y pidió en matrimonio á la hija de su huésped.

El venturoso Sabagnac volvió, pues, á Francia con su jóven esposa, que le dió buen café, y además hermosa y dilatada prole.

El café ejerce una singular influencia sobre los órganos del pensamiento.

Da al espíritu una lucidez, una viveza extraordinaria. ¡Cuántas felices ocurrencias y cuántos bellos rasgos han salido del fondo de una taza de café!!!

Oigamos aún á Delille cantar los maravillosos efectos de esta bebida intelectual.

Al respirar tus aromas,
En mí un dulce calor siento,
Que hace que estén los sentidos
Más ágiles y despiertos.
Sin confusión lentamente
Hierve el genio en mi cerebro,
Y en él espontáneo brotan
Mil brillantes pensamientos.
Si estoy triste y cuidadoso
Y afligido y macilento,
Tú haces volver la alegría
Cuando á mis labios te llevo.
Cuando después de comer
Mi taza de café vierto,
Parece que en cada gota
Un rayo de sol me bebo!...

La excitación producida por el café algunas veces va demasiado lejos, y muchas veces se prolonga en la noche, impidiendo dormir.

Nada es más implacable que el insomnio producido por el café.

Son las doce de la noche, se ha consumido la vela, van á cerrarse los ojos, y de pronto vuestra pobre cabeza se halla invadida de un torrente de pensamientos extraordinarios. Soñais casi á la vez en Julio César, en los ingleses, en la luna, en Semíramis, en un millón de cosas.

Esta particularidad del café de impedir el sueño me recuerda el dicho de un reo muy chancero que iba á subir al cadalso. Después del desayuno de costumbre preguntáronle si quería tomar café.

—No, respondió, prefiero una copa de Jerez, porque el café me desvela.

Los médicos no están de acuerdo sobre las propiedades sanitarias del café.

Unos lo toleran, otros lo prohíben, otros lo recetan. Los hay que lo prohíben y recetan á la vez.

Un médico á un enfermo.—¿Toma V. café?

El enfermo.—Todos los días; no me puedo pasar sin él.

El Médico.—Pues bien, es preciso que se prive V. absolutamente de él; el café es ardiente, excitante, etc., etc.

El mismo médico á otro enfermo.—¿Toma usted café?

El Enfermo.—Nunca; creo que me es contrario.

El Médico.—Se equivoca V.: el café es tónico, digestivo, etc., tómelo V. todos los días.

Un amigo rogaba á Voltaire que se abstuviese del café, que miraba como un veneno lento.

—Y tan lento, le respondió el gran poeta, que hace noventa años que lo estoy tomando y aún no me he muerto!

No todos tienen la constitución de Voltaire, y es indudable que el abuso del café puede ocasionar las más fatales consecuencias.

Hace algunos años el general O..., á quien habían respetado las balas de Austerlitz, Jena y otros veinte campos de batalla, fué muerto por el café.

Sus antiguos camaradas de bigotes grises y retorcidos, abatidos los más, como en un día de derrota, y llorando como unos niños, rodeaban el lecho del moribundo.

—Doctor, dijo el General, creo que muy pronto voy á irme á reunir con el emperador Napoleon I. Y como el médico permaneciese silencioso:

—Pues bien, continuó el General, que me echen café en mi hermosa taza.

Era una taza fina de porcelana de Sevres, adornada con el retrato del Emperador, y que Napoleon le había regalado.

Hacía tiempo, desde que estaba malo, que el enfermo no tomaba café, y cuando lo tomaba, era en corta cantidad. Se lo echaba un veterano, y generalmente no llegaba á poner café sino hasta las charreteras del retrato de Napoleon. Como en este día el veterano se detuviese en el límite prescrito.

—Anda, le dijo el General, hoy te permito que lo remojas hasta el sombrero.

Cogió la taza, y sonriendo á sus amigos, bebió lentamente.

—¡Excelente café, murmuró, pero un poco flojo! Y murió.

V.

La planta del café pertenece á la familia de las rubiáceas. Está siempre verde y se asemeja mucho al cerezo.

Crece hasta 15 pies en las estufas, y hasta 25 en los trópicos.

Su flor aromática, blanca y ligeramente rosada, tiene la forma y el perfume del jazmin de España.

Así es que los sabios le han llamado *jasminum arabicum*.

La planta del café florece ordinariamente dos veces, empero sin interrupción alguna entre estas dos épocas, de modo que en todo el tiempo estos elegantes árboles están adornados de flores y cargados de frutos.

Las lindas flores del cafetero se pasan muy pronto y son reemplazadas por cerezas cerradas en una bulba ó cebolleta amarillenta que sirve de envoltura á dos pequeñas habas.

El cafetero comienza á producir á los cuatro años, y dura hasta los treinta.

La cosecha del café se hace de este modo:

Se sacuden las plantas sobre unos lenzones, tendidos al pie de los árboles. Caen en ellos todas las cerezas maduras y se llevan en unas esteras del país á colocarlas al sol para que se sequen completamente: En seguida se les quita la cáscara, haciéndolos pasar por un cilindro de madera.

Las dos habas se separan y se las criba en grandes arneros para mondarlas, después se las pone á secar de nuevo.

La recolección del café es una fiesta en nuestras colonias, como lo son entre nosotros la siega en Agosto y las vendimias en Octubre.

En las Antillas una rama de café reemplaza al ramo de azahar ó flor de naranja que colocan en su pecho las novias al ir al altar.

Se dice hablando de un vieja soltera, condenada á celibato perpétuo, que ha perdido su ramo de flor de café, así como se dice en España «quedarse para vestir imágenes.»

VI.

Nuestros padres en otro tiempo, para hacer café, tomaban lisa y llanamente café, así como tomaban una liebre para hacer un guisado de liebre.

Muy torpes eran nuestros padres. Hoy se sirve en vez de café achicorias, bellotas dulces y toda especie de granos y raíces.

Con decir que se emplea la tierra, está dicho todo.

Sí, señores, la tierra. Se hace café con tierra de greda. Hasta ahora no había servido más que para hacer muñecos y alfarería.

Con esa materia excesivamente primitiva y poco costosa se consigue y llegan á imitarse perfectamente los granos del café.

Después de esa honrada fabricación se pinta aquel café geológico con melaza para darle carácter y fisonomía.

También, además, por ese ingenioso blanqueo se restauran, rejuvenecen y habilitan los cafés averiados.

¡Es horrible el café de tierra! exclamarán los lectores. De seguro no vale tanto como el Moka, pero ¿qué se le ha de hacer?

El comercio es el comercio, y es preciso que cada

cual se gane la vida en este pícaro mundo. Es preciso tener algo con que responder á esos millares de gargantas cuya sed va en aumento todos los dias.

Si se pudiese endulzar el mar, y hacerle hervir con algunas sustancias de achicorias, se beberia el mar.

En España hay dos ciudades donde casi hay tantos cafés como casas. En Barcelona son innumerables y lujosísimos. En Madrid, no se diga.

Hoy todo el mundo va al café. En otro tiempo sólo iban las gentes á beber en ellos, hoy se pasan allí los dias y las noches hasta sus más altas horas.

En otro tiempo los cafés eran del dominio exclusivo de gentes de poco valer y ociosas, que con gran ruido y broma contaban sus proezas de billar y de las copas que bebían.

Hoy las gentes más elevadas, los altos funcionarios, al dejar sus graves ocupaciones, no desdennan el venir á sentarse en las banquetas de un café.

Colocar en batalla los pedacitos de marfil llamados dominó, beber como esponjas, fumar como carreteros, escupir, gargajear, pagar y salir fumando es como pasa sus noches el pueblo español.

Así, hay pocas tertulias, y el trato espiritual y franco va desapareciendo del hogar de la familia.

El hogar de las familias es la interesante víctima de los cafés y de los casinos, que, en resumen, no son sino unos cafés reservados, y cuya entrada es sólo para los socios.

En otro tiempo cada cual por la noche se hallaba en su puesto. La familia constituía una tertulia que armonizaba la amistad, y que no pocas veces se trocaba en amor.

Allí las mujeres hacían labor, los hombres hablaban ó cantaban, y los niños escuchaban encantados con la boca abierta los cuentos ó las canciones.

Hoy todo está completamente cambiado. Las señoras dormitan, é inclinan su cabeza sobre la labor que bordan; los niños se fastidian y hay que acostarlos; el ama de la casa aguarda la vuelta del marido ó de los hijos, y reina un soberano fastidio en el seno de la familia, donde ántes era todo alegría, vida y movimiento.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA SOCIEDAD DE CAZA DE MADRID.

Ha tenido esta Sociedad el dia 9 su acostumbrada reunion de todos los miércoles y domingos en la venta de la Rubia.

S. M. el Rey honró la cacería del dia á que nos venimos refiriendo con su presencia, presentándose á la hora convenida en un magnífico caballo inglés. Vestía el Rey el uniforme de la Sociedad, de que es Presidente.

Empezó la diversion por correr un *drag* organizado por el inteligente inspector de caza, Sr. Marqués de la Romana.

Llámase *drag* en el idioma cinegético, por decirlo así, aceptado ya por casi todos los pueblos civilizados del mundo, un ejercicio que puede considerarse como especie de divertido ensayo, muy adecuado para adiestrar los perros y los caballos en el ejercicio de la caza á la carrera. El *drag* se organiza del siguiente modo: Horas ántes de que deba verificarse, uno de los caballeros cazadores recorre á caballo el terreno que cree conveniente; escoge los obstáculos y dificultades á su antojo, llevando una larga cuerda que arrastra por el suelo, en el extremo de cuya cuerda va atado un pedazo de carne cruda mojado en trementina, ó algunas sardinas, esto es, cualquier objeto que deje un rastro vivo que pueda herir fácilmente el sensible olfato de los perros. A caballo los cazadores se dirigen con la jauría al punto donde nace el *drag*, ó sea la pista artificial, comenzando, tan pronto como los perros la sienten, una veloz carrera con todos los accidentes exteriores de la verdadera caza.

El *drag* de este dia, magistralmente preparado, proporcionó á los cazadores un *run*, como dicen los ingleses; esto es, una carrera de cincuenta minutos, atravesando perros y caballeros todo el sitio conocido con el nombre del Retamar y el monte del

Cuervo, salvando las zanjas y obstáculos que encontraban en su camino, y atravesando sitios cuyo arbolado hacía más difícil la direccion de los briosos corceles, viniendo á concluir, por fin, la artificial cacería en el monte de Boadilla.

Allí almorzaron ligeramente los cazadores del bocadillo que cada cual traía en el estuche de la silla de su propio caballo para no perder tiempo, dada la brevedad de los dias en la estacion presente.

S. M. el Rey, que no estaba en el secreto de que aquella primera carrera se daba siguiendo un rastro artificial, lo comprendió, sin embargo, al momento por la ida y venida de los perros, embromando á los concurrentes por aquel género de caza verdaderamente *espiritual*; pero durante la broma á que este incidente dió lugar, reparó S. M. que el uniforme que llevaba, que habia recibido de Londres recientemente, tenía en la parte inferior de la manga izquierda una argolla pequeña, cuyo uso ignoraba; y preguntándole á la persona que tenía junto, que era por cierto uno de los más inteligentes cazadores de la reunion, para qué servía, éste no pudo ménos de contestarle, como era cierto, que la argolla estaba allí colocada para atar en ella la cuerda á que nos hemos referido ántes, con que se prepara el *drag*. S. M. se rió mucho al ver que llevaba en su propio uniforme el elemento primero de aquello mismo de que se habia estado burlando, por dar á la reunion un carácter de franqueza que la hiciera á todos más agradable.

Terminado el frugal almuerzo, se empezó á cazar formalmente la liebre con tal fortuna, que á poco dieron los perros con un rastro. En movimiento la (*meute*) jauría, partieron los caballeros al galope; y despues de atravesar veloces por viñas, vallados y barrancos, se llegó á la liebre, que estaba forzada y exánime delante de los perros. Tres cuartos de hora duró el *run* ó carrera, y el inspector Marqués de la Romana, apeándose de su caballo al final, cogió la liebre y se la presentó al Rey, dándosela luégo al *Piqueur* para que procediera á la *curée* acostumbrada, que consiste, como es sabido, en partirla en pedazos y arrojársela á los famélicos y jadeantes lebreles.

La carrera estuvo muy concurrida, asistiendo á ella, además de S. M. el Rey, á quien acompañaba el Conde del Pilar, el Vicepresidente de la Sociedad, Sr. Duque de Medina Sidonia, el Marqués de la Romana, el Conde de Peña Ramiro, el Marqués de Casa Irujo, el Duque de Tamames, el Conde de la Corzana, el Marqués de San Felices, el de Castro Serna, el Conde de Villa Gonzalo, el de Niebla, D. Santiago Vizcos y D. Martin Larios; tambien estuvieron convidados Mr. Carton de Tamielheureuse, secretario de la Legacion de Bélgica; el Vizconde de Benaeza y D. Luis Pulgar.

El Rey corrió el *drag*, como ya hemos dicho, en un magnífico caballo inglés, y la liebre en una jaca andaluza, regalo del Sr. Parladé.

LOS TENTADEROS.

Conócese con el nombre de *tentaderos*, como ya saben la mayor parte de nuestros lectores, las pruebas que hacen los propietarios de ganaderías bravas para señalar los becerros que han de ser dedicados á la labor, y los que tengan las cualidades de sangre y pujanza á propósito para ser luégo lidiados en plaza.

No son las tientas hoy en Andalucía un espectáculo tan clásico y notable como en anteriores tiempos, en que, si se verificaban en corral, como la que tenía lugar en Medina en casa de la señora de Valera, era una verdadera fiesta que duraba una semana, por la excesiva cantidad de ganado vacuno que aquella opulenta señora poseía, por el lujo y distincion de cuantas funciones tenían lugar en su casa.

Tentaba la señora viuda de Varela, despues esposa de D. Jerónimo Martinez Enrile, de novecientos á mil becerros por término medio cada año, verificándose la *tienta* en un corral aparente que contiguo á su casa de Medina poseía, teniendo, por consiguiente, lugar una lidia desde por la mañana hasta la noche, ocho ó diez dias consecutivos. Los dueños de toros de la provincia de Cádiz solían ser invitados á aquella espléndida fiesta, amenizada con banquetes y bailes por la noche.

En la provincia de Sevilla las *tientas* se han hecho casi siempre á *acoso*, por lo que tenían una fisonomía especial y un carácter más animado y pintoresco.

La lámina que acompaña á este articuloje representa una *tienta á acoso*, al parar el *tentador* el caballo delante del becerro, es decir, en el verdadero y más interesante momento de la faena.

Exposicion verdadera de jinetes, caballos y galas de la majera eran los antiguos tentaderos, en que Sevilla, Utrera, Carmona, Los Palacios, Coria y demas pueblos andaluces donde habia aficionados á la garrocha, enviaban á aquella especie de certámen taurómaco la flor y nata de sus aficionados.

Populares emulaciones se ponían en movimiento en aquella exposicion de aficionados garrochistas y toreadores, aplaudiendo la gente allí congregada de cada pueblo, á los caballistas sus paisanos, procurando alcanzar cada uno por sus proozas, notoriedad, aplausos y fama.

Solia llegar alguna vez la emulacion, aunque por fortuna en casos raros, hasta venir á las manos una parte de la concurrencia contra otra, por antagonismos populares; pero era más comun que fraternal alegría los uniese á todos, corriendo generosamente la *borracha* de buen vino repleta de mano en mano, no sin preceder la limpia esportilla de ricas aceitunas, siguiéndola los rojos chorizos, el picante salchichon, el suculento embuchado y el blanco pan candeal, todo para hacer boca y como *piscolábis*.

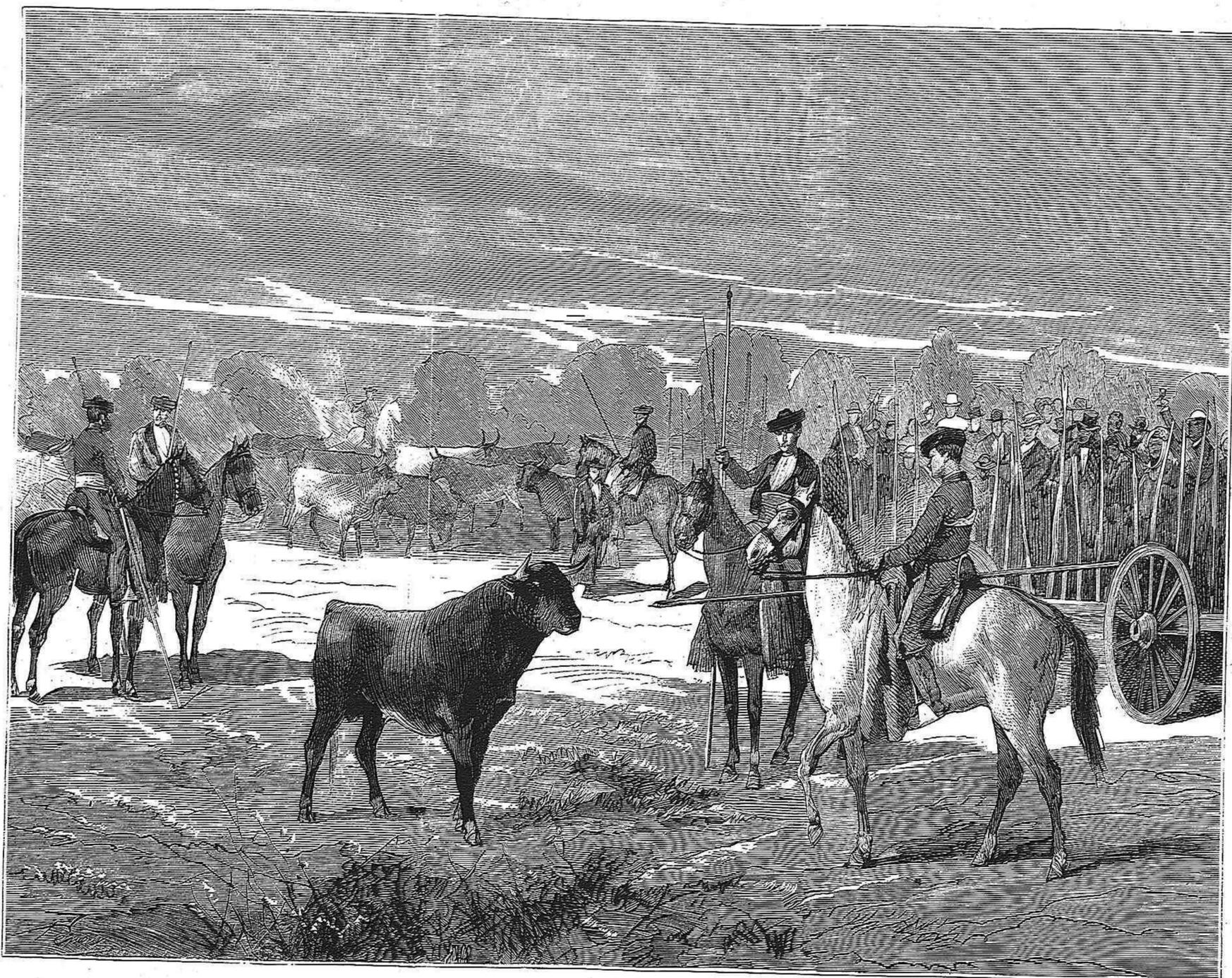
Algunos señores criadores de toros, siguiendo la antigua costumbre de hacer los tentaderos de becerros en el otoño, despues de las primeras lluvias, han procedido á practicar esta operacion, que otros, no ménos entendidos, llevan á cabo en la primavera. La opinion, que hace algunos años era unánime, anda ahora dividida, y se alegan razones de uno y otro lado en pro de la que respectivamente cada uno profesa, hasta el punto que, más que el sistema que debe emplearse en tales faenas, preocupa á los criadores la época del año en que han de efectuarse, lo que demuestra claramente cuánta es su importancia en la crianza de reses bravas, y cuánta atencion, con razon, le prestan, los que para sus vacadas consideran poco todo celo y cuidado. Aunque EL CAMPO tiene su opinion formada acerca de este extremo, que no es absoluta, porque entiende que muchas circunstancias pueden y deben modificarla, no cree ocasion la presente de emitirla, lo que siempre haria con temor al ver que militan en diversos bandos personas muy queridas y cuya competencia en la materia es indiscutible. Desde fines del mes de Octubre hasta los del pasado Noviembre, se ha hecho la *tienta* en varias de las más acreditadas ganaderías de Andalucía, como lo son la de la Sra. D.^a Dolores Monje, viuda de Muruve; la del Excmo. Sr. D. Ildefonso Nuñez de Prado, y las de los Sres. D. Anastasio Martin y D. Vicente Romero García.

Aun no se han recibido en esta Redaccion detalles y pormenores de tales faenas, y únicamente llegó, como llegan siempre las malas noticias, la infausta nueva de la desgracia ocurrida en el tentadero del Sr. Nuñez de Prado al maestro de los maestros en la aficion de la garrocha, al entendido criador de Sevilla, nuestro muy querido amigo el Sr. D. Antonio Miura. Por fortuna, del lance acaecido, que pudo tener fatales consecuencias, salvóse su naturaleza de bronce, ya que su consumada pericia de hombre de á caballo quedó vencida por el que montaba, que al sentirse tocado por un becerro, con violentos y repetidos botes lanzó al jinete á gran distancia, haciéndole sufrir por el pronto una no ligera conmocion. Pero si los lectores de EL CAMPO no podrán saber en este número el resultado de los tentaderos de las referidas ganaderías andaluzas, darémosles cuenta de lo sucedido en el de otra famosa y muy acreditada, la del Excelentísimo Sr. Duque de Veraguas. Ya al hacer en anteriores números de este periódico la historia de la misma ganadería, quedó expuesto que el sistema empleado por el Sr. Duque en las tientas era el de corral, si bien se indicó que, en su esmero y cuidado, se tenía entendido que queria, por propia experiencia y por varias y repetidas pruebas, aquilatar cuál de los medios era más eficaz y ménos sujeto á errores, á cuyo fin habia de ensayar y sujetar los productos de sus vacas á los dos sistemas

en la forma y por la manera que allí quedó expresada. Circunstancias especiales y dificultades que no han podido ser vencidas al presente han imposibilitado por ahora tal determinación, que es deseada por cuantos se interesan en todo lo que tiene relación con la crianza de reses vacunas bravas. Claro es que muy pocas líneas bastan para dar cuenta de esta faena, pues no hay que enumerar sino resultados. La tienta en corral no se presta como la hecha á *acoso* á lances y peripecias propias del *sport*, ni en ella hay ocasión de que muestren su destreza los garrochistas, ni su ligereza y maestría

los caballos; pero si faltara ese aliciente á la nota que por fin de este suelto se pone, si no podemos enumerar los jinetes y caballos que más se han distinguido en los correderos andaluces, los aficionados habrán de considerar que nada quedaria por hacer en faenas á que han concurrido, entre otros, los señores hermanos Miura, el señor D. Anastasio Martín, el Sr. D. Felipe Muruve y algun individuo más de este apellido, á las que habrán asistido criados como Antonio Diaz y Juan Jimenez (Pajarito), y en que habrán corrido caballos tan notables como el *Moreno*, de Miura (don

Antonio); la jaca *Borrega*, de D. Eduardo Miura, y la *Torda*, del Sr. Conde de Bustillos, que ántes fué del hijo mayor del buen aficionado Sr. D. Ramon Larraz, y que otros nuevos habrán reemplazado á la *Marina*, de Francisco Arjona Reyes (Currito), ya que no sea fácil competir con la memoria de la famosa *Bolera* (la émula de la *Borrega*), del Sr. Silva de Arcos, y que hoy es de la propiedad del Sr. Duque de Veraguas. El tentadero en la vacada de dicho señor se verificó en la dehesa del Molinillo, en los primeros días del pasado Noviembre. Sesenta y un Erales fueron so-



UN TENTADERO EN EL CAMPO.

metidos á la prueba, y de ella resultaron 11 desechados, quedando para toros 50, y entre ellos 12 para padres. También se tentaron 86 Utreras, de las que salieron vacas 57; y como hubiese Erales muy adelantadas, y como en el año anterior y en el presente se han repuesto los ganados de las miserias de los pasados, el Sr. Duque dispuso tentar ahora algunas, para que puedan ser fecundadas de Utreras, como en tiempos normales, y por tanto, se tentaron 36, de las que se aprobaron 23. Excusado es decir el esmero con que la faena se ha practicado. Si con los machos se ha sido algo más que escrupuloso, con las hembras ha habido verdadero lujo de rigor, y muchas van al matadero que bien podrian dar notables productos. Ciertamente que si hay error sea en este sentido, que preferible es matar algo bueno que hacer vivir lo que no lo sea. Porque ¡no hay que hacerse ilusiones! para criar toros bravos, para conservar la pureza de la raza, donde ésta existe, no hay más secretos que mucha y buena comida, desechar muchos individuos, seleccion esmerada, y para todo y ántes que todo, tentar, tentar y tentar.

X.



NOVELA.

PASARSE DE LISTO.

IX.

Todas las presentaciones se hicieron con las ceremonias debidas, segun la liturgia de la sociedad elegante. Doña Beatriz presentó á su marido á la Condesa, y la Condesa presentó á los caballeros que formaban el corro, primero á doña Beatriz y despues á Inesita y á D. Braulio. De esta suerte los tres se vieron lanzados en el gran mundo en un periquete: en un abrir y cerrar de ojos.

No estaba allí el Conde de San Téodulo ni habia más señora que la Condesa. A ésta, como á casi todas las señoras de alto fuste y suprema elegancia, no le gustaba el trato con mujeres, sino en raros casos. Tanto más de agradecer y de estimar,

por consiguiente, la extraña excepcion que habia hecho de Beatriz y de Inesita.

Sentados todos de nuevo en el corro, el poeta favorito de la Condesa, á quien llamaremos Arturo, dió conversacion á Inesita, sin que dejasen de hablar tambien con ella otros galanes.

Don Braulio, si bien sobresaltado ya y receloso de empezar á hacerse célebre por su mujer, habló con los señores más serios y machuchos.

Doña Beatriz y la Condesa de San Téodulo hablaron largo rato entre sí y en voz baja, recordando su amistad antigua.

A los pocos minutos, la Condesa habia exigido de doña Beatriz que se volviesen á apearse el tratamiento: que se volviesen á tutear como ella recordaba que allá en el pueblo se habian tuteado.

¿Por qué negarse á tamaña amabilidad? Las dos amigas se tutearon en efecto. Ya recordará el lector lo campechana que era Rosita de lugareña. De Condesa seguia lo mismo con quien lo merecia.

—No acabo de comprender, decia Beatriz, cómo has podido reconocermé entre tanta gente, y despues de tantos años.

—Hija mía, contestaba la Condesa, yo tendré corto entendimiento; pero tengo mucha memoria,

y sobre todo, mucha y buena voluntad para aquellos á quienes estimo. Te hubiera reconocido entre cien mil personas, sin antecedentes, sin estar prevenida, sin aviso de que estuvieses tú entre ellas. Además, ¿qué mérito hay en mí? Quien te ve una vez no es posible que te olvide.

— Gracias, gracias: me confundes con tus elogios indulgentes y generosos.

— Digo la verdad. Y luego tú no has cambiado en la cara. Tu cuerpo es otro; te has desenvuelto; has embarnecido algo; estás hecha una hermosa mujer. Praxíteles te hubiera tomado por modelo. Estas prendas, sin duda, son hoy otras en tí. Cuando nos tratamos en el lugar eras una niña. Yo vi entonces el fresco y tierno capullo; ahora veo la rosa que ha desplegado todo el lujo exuberante de su aromática corola. Pero repito que la cara, la expresión, el mirar..... nada de esto ha cambiado. Cuando hablas pareces una mujer casada;..... pero en silencio..... pareces una niña, más cándida..... más inocente que tu hermanita, que también es muy mona.

— De todos modos..... es singular..... sin antecedentes..... sin saber que yo estuviese en Madrid.....

— No; eso no. Yo no gusto de jactarme de lo que no debo. Yo he sabido hace poco que estabas en Madrid. Si ántes lo hubiera sabido, hubiera ido á verte á tu casa.

— ¿Y quién me conoce? ¿Quién ha podido hablarte de mí? Mi marido es un pobre empleado.....

— Será lo que dices; pero su inteligencia y su laboriosidad tienen encantado al Ministro y lleno de envidia á todo el personal de la secretaría. El Ministro no hace más que hablar de tu marido. Y lo que es de tí, aunque vives tan retirada, hablan ya muchos, desde que, pocas noches há, te vieron en estos jardines.

— ¿Es posible, mujer! ¿Quieres burlarte de mí?

— Harto sabes tú que no me burlo.

— No te burlarás porque eres buena, pero querás embromarme. Es cierto que vine aquí, pocas noches há, mas nadie me conocía.

— Entonces te conocieron y te admiraron. Alguien, que se precia de hastiado, de descontentadizo, de difícil, quedó tan hechizado que os siguió.

Doña Beatriz se puso colorada otra vez.

— ¿Cómo sabes eso?, dijo.

— El me lo ha dicho.

— ¿Quién?

— ¿Quieres que te regale el oído? El Conde de Alhedín; la flor de los elegantes; el más guapo de nuestros pollos.

— Sería por mi hermana.

— De eso no me ha dicho el Conde palabra. Se ha limitado á decirme que os siguió, y me ha hecho de vosotras el más brillante encomio. Asegura que jamás ha visto dos mujeres más bellas y más aristocráticas por naturaleza. Antes de llegar hasta mí, había el Conde tomado informes, y yo no sé cómo diablos se las había compuesto que, á pesar de vuestra fuga precipitada en un pesetero, sabía ya cómo os llamabais, dónde vivíais, quiénes erais, quién era tu marido, y mil cosas más. Claro está que al decírmelas, caí en la cuenta de que erais las niñas que tanto había yo querido en el lugar, y entré en deseo de volver á veros. Si he de hablarte con franqueza, sólo he venido esta noche por aquí á ver si os hablaba. En casa tengo gente: un círculo de amigos. Allá me aguardan y mi marido está con ellos. En fin, gracias á Dios que os he encontrado. Bien suponía yo que habíais de venir por ser noche de domingo, en que tu marido no tendría que hacer. La otra noche fué una locura lo que hicisteis, creyendo que nadie lo notaría. ¡Venir solas.... dos niñas.... exponiéndose á la persecucion de cualquier majadero mal educado!... No todos son la crema de la cortesía. No todos son como el Conde de Alhedín, que sabe distinguir á escape con quién ha de habérselas.

— Tienes razon, dijo Beatriz; fué un disparate, fué una imprudencia lo que hicimos la otra noche. No lo volveremos á hacer.

— De aquí adelante sería imposible. Os desentonaíais. Ya á estas horas os conoce todo Madrid; esto es, la sociedad. Debeis venir, ó con tu marido..... ó conmigo. Os traeré en mi coche si os divierten los Jardines. Mi poeta y algun otro nos escoltarán. Es menester darse tono. No es cosa de venir aquí dos muchachas como dos aventureras.

— Mucho tengo que agradecerte, exclamó doña Beatriz.

— No, niña mia, no me agradezcas nada. Lo hago por egoísmo. Aquí, para entre nosotras, la vanidad no me ciega; voy siendo ya cotorrona. No tengo amores, ni celos, ni aspiro á nada, y necesito la amistad y la compañía de mujeres jóvenes como vosotras. Mi casa es un casino del cual soy el presidente con faldas; pero me voy cansando de hacer este papel. ¿Quieres compartirle conmigo? ¿Quieres ayudarme á presidir mi tertulia?

— Ignoro si Braulio querrá y podrá.....

— ¿Cómo no ha de querer? Parece afable, alegre, buen señor y discreto. Ya reconocerá que su mujer no ha de estar siempre metida en casa. Cuando se casó con una criatura como tú, se haría cargo de todo esto. No le cogerá de susto.

— Sí..... es verdad..... dijo doña Beatriz; pero Braulio tiene razones poderosas. ¿Por qué he de avergonzarme de decírtelas? Somos pobres... ¿Cómo gastar en trajes.....?

— ¿Y para qué esos trajes? En mi casa..... estamos de toda confianza..... Puedes ir como estás ahora..... ménos lujosa aún..... y hasta puedes llevarte allí la labor..... Ya verás cómo te distraes allí por las noches. Tu hermanita se distraerá también, porque van á casa pollos proporcionados á su edad é irán más cuando sepan que va ella. En cuanto á tu marido..... no es un requisito indispensable que te acompañe siempre. Esto sería ridículo por varios motivos; porque haría sospechar que era un celoso desconfiado, lo cual redundaría en menosprecio tuyo; ó porque haría presumir que era un hombre incapaz, baldío, que no tenía negocios en que emplearse; pero, en fin, aun cuando tu marido fuera á menudo á mi casa, doy por cierto que, léjos de pesarle, se alegraría. Allí van no pocos sujetos de suposición. Se daría á conocer, ganaría amigos, y hablaría de política, de hacienda, de ciencias, de todo, luciendo lo mucho que dicen que sabe..... y que hasta lo presente, dicho sea en paz y sin que te enojés, no le ha servido de nada. Tú lo confiesas..... no estais muy lucidos.

— Estamos contentos..... y no deseamos más.

— Esa es una virtud..... pero infecunda. Cuando no se aspira no se alcanza. Es menester aspirar á todo. Mira tú mi marido..... Ya te le presentaré..... No vale la vigésima parte de tu D. Braulio. Y sin embargo..... ¿cómo sabe ingeniarse...! Es un gerifalte..... Yo hablo contigo con el corazón en la mano. Es menester que saquemos á tu marido del limbo en que vive. Tiene elementos..... ¿Por qué no ha de aprovecharlos? Para filósofo, menospreciador del mundo y de sus pompas vanas, hubiera hecho mejor en no casarse con un pimpollo como tú.

— ¿Qué quieres? ¡Me amaba tanto!

— ¡Lástima fuera que no te amase! ¿A quién no infundirás amor? Tú, sin embargo, agradeceida.....

— No sólo agradecida..... enamorada también.....

— Con que ¿le amabas mucho?

— Y le amo todavía.

— Su claro talento te sedujo: doble motivo para que le emplee en hacerte feliz; para que se deje de vagas meditaciones y acuda á lo que importa. No sé qué agudo escritor ha comparado al filósofo especulativo con un mulo que da vueltas á una noria, atado á ella por el diablo de la metafísica, sacando agua que no bebe, y sin comer la abundante hierba y lozana hortaliza que por todas partes le rodea. Pues peor es aún cuando el filósofo, ó el mulo, siguiendo la pícara comparación, tiene una compañera, y la lleva de reata, y no la deja pacer tampoco.

— Mi obligacion y mi gusto, es seguir á mi marido por donde quiera que vaya: así me lleve á un desierto estéril como á la tierra de promision. Por dicha, no creo que esté tan hundido en inútiles ensueños, que desconozca la realidad de la vida.

— Mejor es así. Me alegro. Sin lisonja: me va siendo muy simpático tu marido. Tiene buena fama. Se conoce que es pájaro de cuenta. Lo único que debiera reformar es el sombrero y los picos del cuello de la camisa. Son enormes. ¿Por qué no haces que se los recorten un poco?

— Es un capricho. Insiste en llevarlos así; pero no es terco en asuntos de más importancia.

— Entonces..... bueno va. Con picos y todo me parece bien..... muy curioso..... muy pulcro.....

Hasta la enormidad descomunal de los picos se me antoja ya que le da cierto carácter original y grave. Pero, señor, ¿dónde se habrá escondido el Conde?

— ¿Qué Conde? preguntó Beatriz.

— Tu más fervoroso admirador. Apenas te vió, vino á decirme que habías llegado. Lo singular es el miedo que te tiene. Es absurdo en hombre tan corrido y tan atrevido. Nada..... le da vergüenza de que le presente á tí y se ha escapado. Está retardando lo que más desea..... ¡Gracias á Dios! Ya viene por allí.

Beatriz dirigió la mirada hácia donde indicaba su interlocutora, y vió que se acercaba al corro el lindo y elegante Conde de Alhedín.

— ¿No es verdad que es muy gentil? preguntó la Condesa.

Beatriz hizo un gesto gracioso que nada significaba.

— Y luégo, añadió la Condesa, ¡si vieras qué bueno es y qué sencillo, y qué caballero!

Nada dijo Beatriz tampoco para corroborar estas alabanzas.

Llegó en esto el Conde, y la de San Teódulo le presentó sucesivamente á Beatriz, á su hermana y á D. Braulio.

No era el Conde de la reciente escuela y última cría, que hace gala de gastar pocos miramientos con las mujeres, ó si lo era, sabía distinguir ocasiones y personas, y conociendo que no ganaría con abatirse intrépida y bruscamente sobre su presa, estuvo hasta cortado y tímido en los primeros instantes. Se limitó á decir algunas palabras corteses á cada una de las dos hermanas, sin acercarse demasiado á ellas; y sobre todo, sin incurrir en la insolente ordinareiz, en que ahora incurren con frecuencia los hombres, de alargar la mano á las señoras, apenas los conocen; obligándolas á que los desairen, ó á venir de buenas á primeras á términos de amistosa confianza.

Despues buscó el modo más natural de entablar conversacion con D. Braulio; y como si fuese un señor tan formal y de peso como él, le entretuvo más de media hora sobre materias importantes. Hizo más aún. Hizo algo que parecía imposible, dado lo parlanchin que era: supo callarse, escuchar con atencion, y obligar á D. Braulio á que hablára, de lo cual D. Braulio salió encantado.

Por último, haciendo la conversacion general, soltó el Conde la rienda á su buen humor, ensartó mil chistosos desatinos, dentro siempre de los límites, no ya sólo de la decencia, sino de la más delicada urbanidad, y divirtió y regocijó á la reunion, logrando hacerse simpático á todos.

Preparados así los ánimos, cuando acababan de dar las once, la Condesa propuso abandonar ya los Jardines é ir todos á su casa á tomar el té. Don Braulio, á pesar de que había reido las gracias del Conde y estaba contento de que le hubiese escuchado discretear, se escamaba de tanto obsequio y sentía no poco sobresalto de ver cómo se iba metiendo en los trotes del gran mundo; pero no supo resistirse. La Condesa le iba á llevar hasta la casa de ella en su coche. Despues, desde la casa de la Condesa á la de D. Braulio había pocos pasos que andar. Allanadas así las dificultades, hubiera sido una grosería no aceptar el convite.

Don Braulio aceptó pues; y en compañía de su mujer y de Inesita, los cuatro en el mismo landó abierto, fué aquella noche á la tertulia íntima y diaria de la Condesa de San Teódulo.

X.

Por lo general, no hay tertulia ó reunion para divertirse donde no se baile ó se juegue á los naipes. Sin tresillo para los viejos y sin polkas y valses para los jóvenes, todos por lo comun se aburren. Es de admirar, por lo tanto, una tertulia, como la de nuestra Condesa, donde sólo con charlar se divertía la gente. La mujer que logra tener una tertulia así, puede jactarse de haber puesto una pica en Flándes. Cuantos sepan de estos negocios mundanos tendrán que reconocer, en la mujer que presida tal tertulia, no comunes dotes de entendimiento.

Otras singulares virtudes resplandecian también en Rosita. Era tan buena para amiga, como mala para enemiga. A su marido le quería, le cuidaba y

le mimaba como la consorte más fiel y más amante. No había impedido esto que hubiese estimado después y querido de otra manera, y con otros tonos y matices de cariño.

Las mujeres, por lo común, no entienden que haya más que un solo cariño, que dan por completo á alguien ó que reparten de este modo ó del otro. Rosita no era así. Rosita entendía y sentía varios cariños, que no se destruían entre sí y que se armonizaban lindamente. Al Conde de San Teódulo le quería de un modo; á su poeta le quería de otro; y sobre estos afectos, propios y exclusivos de la mujer, surgían otros que parecían arrancar del fondo esencial del espíritu, donde ya no hay diferencia de mujer y hombre: del principio neutro, ántes de que adquiriera determinación sexual. Quiero decir con esto, que Rosita amaba á muchos de sus tertulianos con una amistad parecida á la que un hombre puede sentir por otro hombre, con más cierta dulzura inefable que ella, por ser mujer, y mujer bonita aún, atinaba á poner en esta amistad completamente ajena á todo sentir amoroso.

El primero de estos amigos de Rosita era el Conde de Alhedín. Entre Rosita y el Conde no había secretos. Todo se lo confiaban. El Conde buscaba en su amiga consolación para sus disgustos, y consejos para sus dificultades. Rosita admiraba el talento del Condesito; le reía todos los chistes; hallaba que nadie era más discreto que él; ni su poeta, ni su marido valían un pitoche al lado del Conde; y por él hubiera hecho Rosita cualquiera sacrificio. Nunca, sin embargo, ni el Conde había pensado en enamorarse á Rosita ni ésta en enamorarse al Conde.

Fundadas tan poéticas relaciones en la estimación mutua, para Rosita era el Conde de Alhedín como un oráculo, sobre todo, cuando se trataba de una ciencia que nos atreveremos á llamar *Estética social*: esto es, de calificar á las personas y á las acciones y á las cosas de elegantes, de distinguidas y de bellas. Una sentencia del Conde de Alhedín sobre feo ó bonito, sobre buen tono ó mal tono, sobre distinción ó falta de distinción, era inapreciable para Rosita.

De este modo se comprenderá su entusiasmo súbito por sus antiguas amigas del lugar. El Conde se las había descrito como dos portentos, y Rosita había dado por cierto que lo eran.

Deseosa entonces de lucirlas en su tertulia, alegre de ver que el entusiasmo de juez tan competente como el Conde recaía en sus casi paisanas, y anhelando que el Conde las conociera y tratara, buscó y halló, como hemos visto, á Beatriz y á Inés.

El Conde mismo, en cuanto las vió, había ido á avisar que venían, por donde fué harto fácil á Rosita reconocerlas.

Por lo demás, ni en esto hubo plan pecaminoso, ni propósito maquiavélico, ni concierto alguno entre el Conde de Alhedín y su confidenta. Nada se había tramado ni contra la virtud de Beatriz, ni contra la inocencia de Inés, ni contra el honrado reposo de D. Braulio.

Rosita buscó con alegría y orgullo á sus semi-paisanas, fiada en los encomios del Conde. Cuando las halló, ó sea porque estuviese bien dispuesta, ó sea porque ellas lo merecían todo, le parecieron mejor aún, cada una por su estilo, que lo que había dicho el Conde. Y como Rosita no era envidiosa, cuando no había celos ni emulación de por medio, deseó todo bien á sus amigas, y fué sincera en cuanto con Beatriz había hablado. Le pasó por la cabeza que en su casa podría hallar Inésita un buen novio; consideró posible que en su casa saliese D. Braulio de su oscuridad, y como le juzgaba pájaro de cuenta, vino á fingirse en breve tiempo ó Director general ó Ministro, haciendo mil negocios útiles á la patria, y sobre todo á su marido; y no le pareció tampoco inverosímil que en su casa Beatriz y el Conde de Alhedín llegasen á enamorarse perdidamente el uno del otro; pero en esto no atinaba á ver Rosita, dado que ocurriese, y que ocurriese con la debida circunspección, nada de trágico, ni siquiera de desagradable para D. Braulio, quien, según ella misma había declarado, le era simpático de veras, y de quien ya formaba elevadísimo concepto.

Con tales ideas respecto á sus nuevas, ó mejor dicho, renovadas amigas, la Condesa de San Teódulo se deshizo en amabilidades.

Beatriz estuvo en la tertulia encantada y encantadora. Satisfecha de verse atendida y mimada por todos, desechó la cortedad y tomó la tierra, como si hiciera ya años que asistiese en aquellos salones. Todos, hasta los más difíciles, admiraron su ingenio á par de su belleza, y celebraron la natural sencillez de su trato, su no aprendida sino ingénita elegancia, y su espontánea gracia andaluza. Aunque con la embriaguez del éxito propendía Beatriz á hablar demasiado, sabía contenerse y templarse para no pasar por desenvuelta y parlanchina. Merced á su reflexiva prudencia, estuvo, pues, inmejorable.

Inésita, por su estilo, estuvo asimismo muy bien. Su serenidad olímpica, su calma divina, no la abandonó ni un instante. En medio del lujo y los esplendores de aquella casa, ántes desconocidos para ella, no sintió, como su hermana, que le subía á la cabeza algo semejante á los vapores del *Champagne*; y sin la indiferencia selvática del rústico, y sin el afectado desden del vano y orgulloso, no se maravilló de nada, dejando ver que lo comprendía y lo estimaba todo, aunque no lo hallaba extraño á su condición. En suma, Inésita estuvo en la tertulia como pudiera haber estado una princesa real, para quien todas aquellas magnificencias eran elemento propio, ó más bien, quedaban por bajo del elemento que ella respiraba y en que su alma vivía.

Esta serenidad de Inés hubiera podido pasar por orgullo si no estuviese suavizada por una mansedumbre angelical; tal vez se hubiera confundido con la necia apatía, si en la luz de sus pupilas, claras y profundas á la vez, no destellase la inteligencia. Quien fijaba su mirada en la de ella, creía penetrar á través de mágicos cristales en el seno de un encantado palacio, lleno de misterios, ó imaginaba hundirse hácia el fondo de trasparente lago, poblado de hermosas y vagas creaciones, cuyos divinos contornos no atinaba á comprender con fijeza, porque el más leve suspiro del aura rizaba las puras ondas, y éstas, sin perder ni en claridad ni en pureza, desvanecían y esfumaban toda imagen.

En cuanto á D. Braulio, menester es confesar que estuvo bastante encogido y fuera de su centro en la tal tertulia.

Ya sabemos que era muy *escamón*, como dicen en su tierra. Así es, que si bien disimulaba con habilidad, andaba con la barba sobre el hombro, y le parecían los dedos huéspedes. Era listo, pero presumía de ladino, y llegaba á ser sobrado malicioso. Formó, pues, de la tertulia un concepto muy diferente del que doña Beatriz había formado.

Aunque D. Braulio había vivido casi siempre en lugares y pequeñas ciudades de provincia, y aunque en Sevilla, durante los primeros años de su matrimonio, había estado retiradísimo, sin tratar nunca con lo que llaman el gran mundo, él le concebía y le comprendía más bello de lo que ahora se le presentaba. Dudó, por consiguiente, que aquel fuese el gran mundo puro, sino un remedo falso de él, como el similar es remedo del oro. Y ya en este camino fué más allá de lo razonable, é hizo juicios aventurados, entendiéndolo todo grotescamente y trabucando las cosas.

Los Condes de San Teódulo le parecieron un sí es no es Condes de pega, y aunque en la tertulia había sujetos de verdadero valer y clase, el concepto un poco turbio que tenía D. Braulio de los amos de la casa hubo de proyectar cierta sombra oscura sobre los que á la casa asistían. De casi nadie pensó bien. ¡Extraña condición de los seres humanos! Uno sólo se ganó desde luego toda su confianza; uno sólo le pareció elegante, distinguido, noble por completo, discretísimo, ilustre, ameno, dulce y leal: el Conde de Alhedín.

Viéndole cuchichear á menudo con Rosita y estar en la casa con más desenfado que los otros, don Braulio, pasándose de listo en esta ocasión, hizo un arreglo allá en su mente, y decidió que el Conde de Alhedín representaba en aquella casa el papel que en realidad representaba el poeta Arturo.

Allá en su interior, D. Braulio perdonó benigneamente al Conde este extravío, y considerando sus excelentes prendas, y sin recelo de nada por este lado, casi intimó con él.

En cambio, al poeta, que era muy entrometido, que desde luego trató con la mayor confianza á las dos hermanas, que se acercaba muchísimo pa-

ra hablar con ellas, así por mala educación como por ser algo corto de vista, y que echó á Beatriz en verso y prosa una infinidad de piropos, D. Braulio le tomó tierra y le miró como á un D. Juan Tenorio menesteroso y de tercera ó cuarta clase.

De todos modos, á D. Braulio no le encantó la tertulia; pero D. Braulio tenía una pauta para su conducta, de la que había decidido no apartarse.

Tal como está la sociedad, y fuese cual fuese el ideal que él tenía del gran mundo, lo cierto era que la casa de los Condes de San Teódulo era una casa respetable, donde cualquiera otro en su posición se hubiera quedado contentísimo de ser admitido. Don Braulio podía pensar lo que se le antojase de Rosita y de su marido; podía denigrar, allá en el fondo de su severa conciencia, la tertulia con sus tertulianos; pero ante el mundo, dentro de las condiciones de esta vida que vivimos, no podía oponerse, sin pasar por huron, por celoso y por tirano, á que su mujer siguiese yendo á dicha tertulia.

Don Braulio no quería además contener á su mujer con sermones, ni con severidad, ni con mandatos. Quería sólo de ella amor por amor. Su plan estaba trazado. No podía ni debía oponerse á que Beatriz tratase á Rosita ni á que estrechase lazos de amistad con ella. Conveníale, por último, dar aviso á su mujer acerca del valor moral de Rosita, á fin de que no se engañase; pero disimular luego su disgusto, si su mujer seguía tratándola. Y esto hizo D. Braulio.

Habrá quien crea que D. Braulio hizo mal y que era débil de carácter. Aquí no le damos como dechado de fortaleza. Le pintamos tal como es.

Dirémos, no obstante, en su abono, que son muy raros los Catones. Todos se informan de la conducta de los criados que van á recibir en casa, y nadie de la de aquellas personas con quien tratan é intiman su mujer y sus hijas, siempre que dichas personas salven las apariencias y no estén mal vistas en el mundo.

En suma, ya con la tolerancia, ya con el beneplácito de D. Braulio, doña Beatriz é Inésita, desde aquella noche en adelante, siguieron yendo con frecuencia á la tertulia de la Condesa de San Teódulo, y siendo su más preciado ornato y atractivo.

Rosita, además, las llevaba á veces en su compañía, ya al teatro, ya á los Jardines, ya al paseo, ya á comer en su casa.

Don Braulio, según sus quehaceres ó su humor, iba ó no iba con su mujer y su cuñada á estas diversiones y fiestas, á las que Rosita tenía buen cuidado de convidarle siempre.

J. VALERA.

LA DUQUESA.

COLONIA DEL EXCMO. SEÑOR DUQUE DE LA TORRE, EN SIERRA-MORENA, TÉRMINO MUNICIPAL DE MONTORO, PROVINCIA DE CÓRDOBA.

El Excmo. Sr. Duque de la Torre, propietario de los frondosos y pintorescos terrenos de Sierra-Morena que llevan por nombre el título de este artículo, tiene el propósito, y ha empezado ya á realizarlo, de establecer en ellos una colonia agrícola, para cuya organización, régimen y gobierno, en cuanto depende y es potestativo del propietario, ha dictado las siguientes:

INSTRUCCIONES.

1.º Por la ley tienen los que sirven en la Colonia en clase de criados las mismas ventajas que los colonos.

2.º El colono podrá adquirir terrenos á censo, pagando el canon que con arreglo al valor de la tierra se fije. Por cada fanega de tierra del marco real de Castilla pagará anualmente de dos á diez reales vellón, según sea su calidad, la que se determinará por aprecio pericial.

3.º Las suertes no podrán componerse cada una de menos de veinte fanegas de tierra.

4.º El colono tendrá la obligación de vivir en la Colonia, pudiendo edificar su casa en su suerte, ó en el pueblo que se construya, en cuyo último caso se le dará gratis el terreno para la edificación; pero tendrá el deber de atenderse á lo que se disponga sobre alineación de edificios y demás dependencias. Antes de empezar las edificaciones se someterán los proyectos á la aprobación del Administrador de la Colonia.

5.º El primer año podrá el colono levantar una choza en vez de casa, sujetándose, si la hace en el pueblo, á la alineación y demás prescripciones establecidas; pero á los cuatro años ha de tener precisamente edificada su casa y cercado el corral de la misma.

6.º Los censos podrán redimirse capitalizándolos al 5 por 100, siempre que el colono tenga edificada su casa y cercado su corral, sin cuyo requisito no podrá redimir.

7.º Mientras el colono no destine el terreno desmontado á plantaciones de árboles ó arbustos frutales, tendrá la obligación de conservar en su suerte veinticinco árboles por fa-

nega de tierra de los mejores que existan en su propiedad.

8.º En el primer año no satisfarán los colonos renta alguna.

9.º El colono que no satisfaga con puntualidad el cánón, se entiende que renuncia su derecho, siendo por lo tanto despedido de la Colonia, y perdiendo cuanto haya trabajado y construido en la suerte y en la población.

10. Los censos se pagarán en metálico ó en trigo, al precio corriente, el día de San Miguel de cada año.

11. Los colonos podrán en sus terrenos hacer plantaciones de olivos, viñas, frutales y demas de que habla la ley, siempre que esté desmontada la tierra en que verifiquen las plantaciones.

12. Los colonos no podrán hacer rozas en sus suertes; pero si el dueño las hiciera en los demas terrenos de su propiedad, tendrán derecho los colonos á ser los preferidos al conceder dicho beneficio.

13. Respecto á la caza, se sujetarán los colonos á las leyes generales que rigen en la materia.

14. Las fuentes, que se designarán por el Administrador, serán de aprovechamiento comun; pero las sobrantes, así como las aguas corrientes, nacimientos y demas que haya en el terreno, podrán ser utilizadas por los colonos en la forma que crean más conveniente.

15. Los colonos tendrán la obligacion de mantener en buen estado de conservacion la parte de camino ó calle que ocupe el frente de sus propiedades.

16. Cuando se establezcan escuelas de instruccion primaria, los colonos tendrán la obligacion de asistir, haciendo igualmente concurrir á sus hijos y criados de ambos sexos, desde la edad de seis años.

17. Cuando se emprenda alguna obra de utilidad general para la Colonia, como alumbrar aguas, construir caminos, abrir canteras y demas trabajos, los colonos tendrán la obligacion de contribuir con su jornal, un día á la semana, como prestacion vecinal, y el propietario de la Colonia dará igual número de jornales por su cuenta dentro de la misma semana; pero esto no se entiende tratándose de las servidumbres que los colonos tienen la obligacion de prestarse mutuamente para el servicio de sus fincas.

18. Las mejoras que emprendan los colonos, por convenio entre sí y con la aprobacion del propietario, se acordarán en reunion de todos ellos, resolviéndose por mayoría de votos; el Administrador de la Colonia presidirá con voz y voto estas reuniones, y lo mismo sucederá en todo aquello que sea de interes general.

19 y último. Para el órden y policia de la poblacion y término de la Colonia, regirán las disposiciones del Gobierno y de las autoridades constituidas, y las particulares que se den para la observancia de lo que se determine acerca de abrevaderos, lavaderos y demas objetos de higiene, vigilancia y órden público.»

Las instrucciones que preceden comprenden indudablemente todo un plan de colonizacion.

Los beneficios de que gozan los colonos y sus criados, y de que se hace mencion en el art. 1.º de las instrucciones, se hallan definidos en la ley de 3 de Junio de 1868, en que se refundieron y ampliaron las prescripciones de las leyes de 8 de Enero y 23 de Mayo de 1845, real decreto de esta última fecha, leyes de 21 de Junio de 1849 y 21 de Noviembre de 1855, 11 de Julio y 3 de Agosto de 1866 y todas las demas disposiciones sobre fomento de la agricultura y de la poblacion rural. Era, pues, natural que al establecerse la colonia agrícola LA DUQUESA, su propietario tratase de armonizar los beneficios de que, por su munificencia y su interes por la agricultura, han de gozar los colonos y criados, con los que, á condiccion de tales, les dispensan las leyes.

La division de las tierras en suertes de á veinte fanegas, su dacion á cens, y la redencion de éstos, capitalizándolos al 5 por 100, tan luégo como estén cumplidas las condiciones impuestas por el propietario, son perfectamente razonables y conformes á derecho. La division del dominio en útil y directo que nace del enfiteusis, cuando tiene en el primero la posibilidad y la esperanza cierta de asumir el segundo para consolidar el dominio pleno, es el estímulo más noble y más legitimo que puede ofrecerse al colonizador y, en este sentido, creemos que los artículos 2.º al 8.º del pliego de instrucciones que precede son aceptables.

Una duda se nos ocurre acerca del art. 9.º, que nos parece algo duro, si no tuviese otra interpretacion que la que se desprende de su texto. Segun éste, «el colono que no satisfaga con puntualidad (el día de San Miguel) el cánón, se entiende que renuncia á su derecho, siendo por lo tanto despedido de la Colonia y perdiendo cuanto haya trabajado y construido en la suerte y en la población.» Comprendemos que el pensamiento de formalizar su administracion haya aconsejado al propietario la idea de emplear un medio que sirva de estímulo eficaz y poderoso para recaudar los réditos del censuo; pero el Sr. Duque de la Torre es demasiado perito en materias agrícolas, como en todo, para desconocer que un caso fortuito, de esos que no pueden sujetarse á reglas y que, sin embargo, se dan, y á veces con frecuencia, en la agricultura, tales como el fuego, la sequía, la piedra, la langosta y todos los demas contratiempos, pueden hacer muy bien que se pierda una cosecha y que el colono quede sin recursos con que pagar el cánón, con la puntualidad precisada en la Instruccion. ¿Y esta sería causa bastante para que el propietario, aplicando el texto inflexible del art. 9.º, despidiese de la Colonia al labrador, perdiendo éste todos sus derechos y acaso toda su fortuna? El corazon del Sr. Duque de la Torre es demasiado humano y generoso, bien lo sabemos, para que podamos dudar siquiera de que adoptaria este proceder con sus colonos. Es más, creemos que esta condiccion se explicará mejor en las escrituras, en términos que se combine el interes y el derecho del propietario, con la consideracion al colono en los casos en que sea acreedor á ella.

La obligacion que se impone á los labradores de asistir á la escuela de instruccion primaria, así como sus hijos y criados de ambos sexos, desde la edad de seis años, es una idea acertada y digna de todo elogio. Si la instruccion y la virtud son y serán siempre las garantías de la libertad y del bienestar de las sociedades, es indudable que el obligar

al colono ignorante á ilustrarse y á ilustrar sus hijos y criados, es formar el cimientó mejor y más sólido para la organizacion de un pueblo.

Por último, notamos que en el art. 19 se habla de *abrevaderos* públicos, lo cual denota que, ademas de las fuentes que se designan por el artículo 14 como de «aprovechamiento comun», se piensa en establecer aguaderos para la ganadería; y como de este ramo no se trata en el pliego de instrucciones, ocurresenos si el Sr. Duque de la Torre, que sabe muy bien cuán poderoso es el auxilio de la riqueza pecuaria para la agrícola, habrá pensado en constituir, por más ó ménos tiempo y en los terrenos que se reserva, una dehesa donde puedan apacentarse los ganados de los labradores, ó ya que éstos concierten entre sí, con acuerdo del Administrador, la mancomunidad y el régimen del pastaje en los terrenos que no hayan roturado, sin perjuicio, por supuesto, y dejando á salvo el derecho de cada uno.

En suma, las Instrucciones para la fundacion de la colonia LA DUQUESA nos parecen discretas y aceptables, y no dudamos que una buena direccion unida á la feracidad y á la belleza de aquellos campos dará por resultado, en breves años, un pueblo rico, ameno y de gran porvenir.

F. C.

LAS CHOCHAS.

En el campo.—Por el aire.—En la mesa.

Si para el cazador legitimo están los placeres que la caza ofrece en relacion directa con las dificultades y obstáculos que en su ejercicio hay que vencer, es indudable que la volateria á que dedicamos este artículo debe llenar cumplidamente todas las aspiraciones de la más exigente escopeta, tanto bajo el punto de vista de la destreza cinegética, como bajo el más utilitario de la satisfaccion gastronómica. Así viene demostrándose por el testimonio de cazadores y gastrónomos, desde tiempos muy remotos, y así lo confirma la práctica y la experiencia de todos los días.

Sin necesidad de remontarnos á Aristóteles y Plinio para autorizar este axiomático aserto, nos contentaremos con citar las siguientes palabras de



CAZA DE LAS CHOCHAS.

Nemeriano, como representante de la antigüedad en tan interesante materia:

*«Cum nemus omne suo viridi poliatur honore
..... Præda est facilis et amœna scolopax.»*

Harto conocida es esta ave para que creamos necesario hacer de ella una descripcion detallada. Sin embargo, no nos parece del todo excusado apuntar los principales caracteres que la distinguen de sus afines las becacinas ó agachadizas, con las que no pocas la confunden.

La chocha es bastante mayor que éstas, llegando á adquirir una altura de 40 á 50 centímetros, puesta en pié y erguida, desde la base del pico al suelo; las agachadizas, de las que sólo dos especies se han observado en España: la chocha, codorniz, becacin ó gacha y el rayuelo, ambas son bastante más pequeñas. La primera no suele pasar de 25 á 26 centímetros, y la segunda es poco mayor que una alondra. No pueden darse, sin embargo, estos tamaños como constantes, pues se ha observado que varian segun circunstancias y localidades que no ha sido fácil determinar. Más características son las diferencias que se refieren al plumaje y á las costumbres de cada especie. Si bien se han visto chochas completamente blancas ó rojas, ó de color de café con leche, ó con las alas blancas, éstas deben ser ejemplares raros. La librea comun de la chocha es, en las partes superiores del cuerpo, de un pardo castaño brillante, mezclado de rojo leonado oscuro y claro con manchas negras; tiene una raya transversal negra en el vértice de la cabeza; otra en el occipucio y otras dos en la parte posterior y alta del cuello; una faja pardusca se extiende de ojo á ojo, pasando por la base del pico, y otra á los lados del cuello. La parte in-

ferior del cuerpo es rojiza clara, casi blanca, rayada de pardo en zigzags. La pechuga es blanquecina; el cuello, por delante y los lados del pecho, de pardo y rojo más oscuros. Las plumas de las alas, negruzcas en el centro, y á lo largo sobre el fondo rojizo leonado, que constituye uno de los colores dominantes; la cola gris por encima y en la punta, y blanca por debajo; las zancas, grises y bastante cortas.

La *agachadiza*, *chocha*, *codorniz*, *becacin* ó *gacha* de Castilla; *gachona* ó *gallineta ciega* de Andalucía, *picarvica* de Murcia; *bequeruda* de Valencia, y *aguaneta* de Galicia, no ostenta más que los tres colores: gris claro, negro y rojo. En la cabeza tiene tres fajas longitudinales de un rojo rubio claro separadas por otras dos negras. Las plumas de las partes superiores son variadas de pardo y negro, con las puntas de las barbas rubias; de modo que resulta el lomo rayado de este color. La pechuga, blancuzca, el pecho rubio con pardo, las remeras ó plumas más largas de las alas, negras; el vientre, blanco; el pico, largo, pardo amarillento, excepto hácia la punta, que es negro, aplastado y rugoso; las patas, de un verde agrisado.

Esta especie ofrece algunas variedades accidentales, habiéndose muerto algunas rojas con manchas negruzcas; otras, de un gris sucio, por todo el cuerpo. Tambien suele ser vario su tamaño.

La *gacha* ó *rayuelo*, tambien llamada *agachadiza*, *gallineta* y *picarvica* en Castilla, Andalucía y Murcia respectivamente, *aguaneta pequeña* en Galicia, y confundida con la anterior, es un poco mayor que una chocha; tiene la parte superior de la cabeza negra con manchitas rubias, dos rayas longitudinales, una rubia y otra negra, que parten del pico y llegan hasta la nuca. Entre el ojo y el pico se ve

tambien una rayita negra; las partes superiores tienen las plumas variadas de rojo-claro y negro. con reflejos morados y dorados, de aspecto sedoso. Sobre el lomo y parte de las alas, rayas de un rubio claro; el vientre blanco y las zancas verdosas.

Tanto la chocha como las agachadizas ó becacinas son aves comunes en todo el globo; la chocha habita en verano los bosques de las montañas elevadas, y con los vientos de Levante y Noroeste, sobre todo cuando hay niebla ó llovizna, bajan en otoño á los bosques y arboledas de la llanura; viajan mucho de noche; paran poco en el mismo sitio, pero suelen volver á él; la direccion que llevan en sus emigraciones es de N. á S. ó de E. á O., sujetándose en sus movimientos á las variaciones de la temperatura y del viento; anda siempre en busca de un clima más templado, una alimentacion más fácil, y en cuanto han pasado los grandes frios y empieza el deshielo, vuelve atras en direccion á las montañas; se detiene de dia en los bosques, y regresa al fin á los sitios donde pasó el verano y en donde crió. En las regiones templadas, como lo son para ella sin duda casi todas las de España, suelen invernar de ordinario cerca de las corrientes de agua que no llegan á helarse. Por observacion y experiencia propia sabemos que como el invierno no sea muy riguroso se mantienen durante todo él en muchos puntos de la sierra de Guadarrama, y cuando ésta se cubre de nieve, bajan á las llanuras del pié de la sierra, estableciéndose siempre en sitios poblados de vegetacion alta y buscando con preferencia la vecindad de agua corriente, con preferencia á la estancada; la tierra abundante en mantillo y la acumulacion de hoja seca que la proporciona mucho gusano, limaza é insecto, que es lo que constituye exclusivamente su alimentacion. El agua le es indispensable, pues habrá pocos animales tan limpios como la chocha, que lo primero que hace por la mañana y lo último por la noche, es lavarse en el arroyo las patas y el pico.

La época del paso ó aparicion de las chochas no puede precisarse de una manera determinada. Sus plumas son un verdadero higrómetro, y así el estado de la atmósfera influye de una manera directa, no sólo en que levante el campo definitivamente, sino en sus movimientos diarios. A primeros de Noviembre y en Marzo es cuando se la ve en mayor número en el Pinar, en las Matas y en los Reales Jardines de la Granja; á las llanuras bajan más tarde, como hemos dicho, aunque este año se han muerto ya algunas á últimos de Noviembre en las inmediaciones del Escorial. Por lo demas, en toda España parece que varía poco ó nada la época de sus apariciones en mayor número, por lo que creemos hay motivos para suponer que pasa en ella todo el año, ocultándose desde últimos de Marzo para criar y huir de la sequedad y el calor á lo alto de las montañas y al fondo de los bosques.

A propósito de la Granja, y como prueba de que la chocha vive bien en estas latitudes, recordaremos que el Infante D. Luis, hijo de Felipe V, estableció en San Ildefonso una gran pajarera llena de aves de todas clases, entre las que se puso un criadero ó parque de chochas, á que se atendía con particular esmero, y que subsistió bastante tiempo.

Buffon, Belon, Chena y otros muchos que han seguido al primero en sus descripciones de la chocha, que no han conocido acaso más que disecadas ó pintadas; han dado como cosa hecha que las chochas son poco menos que ciegas. Gallineta ciega se llama á la becacina en Andalucía, y áun creemos recordar que gallina ciega llaman á la chocha en alguna otra provincia. El mismo nombre de *chocha* indica que en opinion de los sabios y en la del vulgo estas aves son ciegas y estúpidas; sin embargo, ¿asienten á esta opinion los cazadores familiarizados con sus costumbres y que posean cierto espíritu de observacion? ¿No es la chocha una de las aves más asombrosas y hasta de las más ladinas? En lugar de ser gallina ciega, ve perfectamente de dia, y en cuanto á ver de noche se deja atras á las lechuzas. Si la chocha tuviese mala vista y fuese estúpida, por de pronto no vería en pleno dia á 60 varas, y volando por encima de los árboles, al cazador y su perro; no haría esos quiebros hábiles que caracterizan su vuelo, y en los que jamas tropieza con las ramas altas, ni circularía entre ellas como hace de dia y de noche, ni para hacerle perder la pista, el perro correría con tanta rapidez por

entre las matas, menudeando estratagemas como la liebre de más imaginacion.

Las becacinas, agachadizas, gallinetas ó gachas, etc., parecen chochas pequeñas, semejándose mucho en la manera de estar pintado el plumaje; pero no sólo áun en esto presentan notables diferencias, como hemos dicho, sino que su cuerpo es menor, las zancas más largas, y sobre todo, sus costumbres muy distintas. En general buscan los pantanos, los prados húmedos, los herbazales y mimbrerales á orillas de arroyos y rios; pican de continuo en tierra y se alimentan de gusanos, lombrices y larvas de insectos acuáticos. Viven aisladas ó en número de dos ó tres; tienen el vuelo muy rápido é irregular al levantar; pero despues de haber hecho dos ó tres zigzags, vuelan derecho.

Las costumbres del rayuelo son como las de la becacina, pero no lanza ningun grito al levantar el vuelo, por lo que le dan algunos el nombre de *sorda*; hace ménos quiebros, siendo más corto su vuelo. La carne de las agachadizas es de las más delicadas, y muy apetecidas en otoño, que es cuando está más sabrosa.

El tiro de la chocha es uno de los más difíciles, incluso el de las becacinas, porque éste no varía, mientras que el de la chocha presenta aspectos diferentes á cada paso. El ofrece una excepcion al antiguo aforismo *in médium consistit virtus*, pues á la chocha no debe tirarse sino al levantar el vuelo ó despues que ha hecho sus habituales recortes en el aire, por lo que todo buen cazador debe llevar un cañon cargado con mostacilla, y otro con perdigon más gordo, con lo que podrá hacer frente á toda eventualidad. Con esto, y con no olvidar la prevencion de ponerse siempre cara al viento, se habrá empezado á hacer todo lo posible para no volver á casa con el morral vacío.

De noche, la chocha busca la comida en el llano en tierra húmeda; de dia se mantiene oculta en arboledas y bosques, siendo entónces más fácil acercarse á ella. Al levantar el vuelo lo tiene pesado y con ruido, pero al llegar á cierta altura, parte con rapidez, haciendo muchos zigzags; su vuelo es poco sostenido, y se abate tan bruscamente y tan de chapuzon, que parece como si cayera muerta ó herida.

La principal dificultad para cazar la chocha estriba en descubrirla y levantarla. Siempre oculta entre las matas, matorrales ó rodales más espesos, inmóvil y sin hacer ruido alguno, ninguna emanacion envia tampoco al perro de mejores vientos, que, si la encuentra, es gracias á alguna facultad excepcional, que hasta ahora no se ha podido determinar, pero que existe en algunos. Aun así, tiene que poseer gran constancia para no desalentarse por los desgarrones que las zarzas hacen en su pellejo. Cuando el cazador tiene la rara fortuna de que su perro le ponga una chocha, se va acercando poco á poco, y determinando por induccion el punto donde se esconde el ave, se coloca en la situacion más favorable para tirarle en cuanto levante el vuelo. Si la yerra, nada perderá con seguirla, pues es seguro que se abatirá de nuevo á corta distancia; pero allí le ha de ser más difícil aún dar con ella, pues en cuanto llega al suelo apeona y huye con tal destreza, que lo más frecuente es dejar burlado á hombre y perro.

Por la mañana, ántes de las ocho, se levantan muchas chochas, pero no aguantan, apeonan de firme y parten de muy léjos, por lo que es casi imposible tirarlas. Desde las ocho hasta la una ó las dos de la tarde se mantienen escondidas é inmóviles, y es una casualidad el levantar una. Pero desde las dos de la tarde empiezan á apeonar otra vez y los perros dan con ellas; parten de más cerca, pero áun así conviene ir más de una escopeta para matar algo. Cuando se haya matado ó visto una chocha en un sitio, algo se ganará con visitarlo otras veces, pues será raro no encontrar más; estas aves tienen predileccion por algunos sitios, especialmente donde se ha carboneado; las cercanías de los estanques, pantanos, charcas, etcétera, cuando no hace frio, y en general la proximidad de las sendas y calveros ó simples charcos en los bosques. En tiempo lluvioso el cazador avisado huirá de la espesura, y encontrará las chochas en los pimpollares y en el monte bajo. Sitio predilecto de la chocha son los rodales de acebo; en ellos hay que buscarlas con preferencia á todo otro sitio. En general, una muestra segura de la presen-

cia de la codiciada ave son ciertas manchas blancuecinas, como de fécula, que son su único excremento. Es en suma una caza de paciencia y constancia, en la que no alcanzan la palma más que los muy expertos y los muy convencidos ó verdaderos creyentes.

No se necesita poco de estas cualidades para matarlas á espera, caza que se verifica, ó bien amparándose de una zanja, de frente á la luz, aguardando en completa inmovilidad y silencio el paso, bien á orillas de las balsas, arroyos, vados, etc., al tiempo que abaten el vuelo para ir á lavarse y á beber, sobre todo por la tarde. Para ello se mete el cazador en una choza ó puesto de ramaje á tiro del agua, que deberá ser limpia, y poco despues de puesto el sol, no dejan de acudir las chochas una á una ó emparejadas. Tambien se cazan á ojeo de dia. En este caso, cuando los ojeadores han levantado una chocha que no se ha podido tirar, ó que se ha errado, debe notarse el sitio donde ha abatido para levantarla de nuevo. Esta medida, que se emplea con las perdices que no abandonan el canton donde han nacido, debe observarse con más motivo para aves de paso, que no se sabe cuándo se podrán volver á encontrar.

Cázanse por fin con lazo, parancera, y segun hemos leído—esto no lo hemos visto—de la manera que se dirá y representa nuestro grabado. Los lazos se tienden de noche ó por la tarde en los senderos de los bosques, ó en surcos que se abren á propósito y ofrecen la ventaja de dejar al descubierto multitud de insectos, larvas y lombrices, que son el gran atractivo y cebo de las chochas. Se clava en el suelo una vara muy flexible, se dobla, y al otro extremo, que se sujeta á un armadijo, terminado por un lazo de crin ó de bramante; obstrúyense los lados del sendero ó surco con ramaje, de modo que no quede por él más paso que el punto donde está tendida la armanza, y la chocha, que cuando apeona no salta ni se eleva, y que para pisar mete mucho el pico en la tierra, se prende en el lazo, tira de él y suelta el extremo de la vara, y haciendo esfuerzos cada vez más mortales perece estrangulada. Pero los lazos deben visitarse con frecuencia, so pena que las zorras ó los gatos ú otros animales dañinos le ahorren al lacero el trabajo de recoger las víctimas. La zorra, sobre todo, es el más temible, pues las va recogiendo y guardando en lugar seguro, en vez de devorarlas á medida que las recoge.

La parancera es una red que se tiende entre dos árboles grandes, en los claros ó en los linderos de los bosques, donde se haya observado que van, ó por donde pasan á la caída de la tarde.

En fin, dícese que en Bretaña se cogen chochas de la siguiente manera. Dos hombres, ó un hombre y un chico, se esconden al anochecer entre los árboles en los bosques espesos y cerca de los claros donde se da de comer á los ciervos, ó donde pastan vacas, sitios que las chochas frecuentan por la abundancia de insectos que encuentran. El chico lleva un cencerro que va haciendo sonar, mientras el hombre saca de pronto una linterna, á cuya luz, deslumbradas las chochas que tranquilamente están picoteando, quedan sobrecogidas por la luz, dejan acercarse al enemigo y son presas en la red, que lleva al extremo de un varal; el cazador nocturno.

Las chochas no lanzan grito alguno durante diez meses del año, y sólo en el tiempo del celo y en el de la cria parecen tener voz. Observaciones son estas en alto grado interesantes para el cazador, y porque hasta ahora no se hayan ocupado los escritores cinegéticos de esta clase de onomatopeya, no hemos nosotros de seguir ese abandono ó negligencia. Desde mediados de Febrero empieza ya á oírse aquel *pit, pit-eró, eró* que anuncia casi siempre la llegada del ave, y que no puede oír sin cierta emoción el cazador apostado durante el crepúsculo vespertino en un claro de bosque ó á orillas de un arroyo, esperando el paso. Esas cuatro modulaciones divididas en dos frases constituyen el grito de llamada á la hembra, y lo es, por consiguiente, de amor, así como cuando se ve sorprendida en su escondite se levanta gritando *corr- corr*, grito de espanto, tras del que, por punto general, abate el vuelo á corta distancia. Hay quien asegura haber oído ademas ciertos gritos de cólera cuando hay muchos machos reunidos y se pelean por la hembra, y traducen así: *cri, cri-pidi, pidi, con*



cierto graznido, modulado de este modo: *coáan coáan*. Por fin, cuando levantan el vuelo alguna vez, parece oírseles en tono burlon gritar: *diss-huit, diss-huit*. Nosotros, que no respondemos más que de lo que hemos visto y observado personalmente, sólo garantizamos la exactitud de lo relativo á los primeros gritos, y de todos modos es positivo que ninguno se oye á las chochas fuera de la época mencionada, y que comprende desde la última remesa de Febrero hasta mediados de Abril. La agachadiza ó becacina produce cuando vuela un grito algo parecido al balido de la cabra: *mée, mée, mée*, ménos fuerte y como silbado al levantar el vuelo.

Pero hora es ya de que terminemos este artículo largo y difuso como toda relacion de cazador, y por consiguiente, que sólo para el que lo sea esperamos haya de poder ser leído hasta el fin. Antes de llegar á él digamos dos palabras acerca de la parte más positivamente agradable que tiene la caza de la chocha. La que se refiere á la cocina.

Ya lo hemos dicho: como es para el cazador tiro del mayor atractivo, es para el que sabe comer, bocado sobremana exquisito, perfumado y succulento. No necesita de aliños, condimentos y saines precisos en manjares que no tienen en sí el grato sabor, el fino perfume y sedosa hebra de la carne de chocha; y es tal su general excelencia, que de muy antiguo se apara esta ave sin despojarla apénas de otra cosa sino de sus plumas. Ya lo consigna así el cocinero de Felipe II en su memorable *Arte*, diciendo ser guiso de extranjeros, y que si bien «muchos señores gustan de ello, él no ha usado de esta salsa (la que se hacía con todas las entrañas de la chocha), porque lleva la suciedad de las tripas.»

Punto es este harto sutil para que, dada la inclinacion del que escribe estos renglones á las cosas de la mesa, no tratase de ponerlo en claro ante la consagracion que de esa tradicion bromatológica, desdeñada por Martínez Montañó, ha hecho la cocina moderna. De la chocha ha dicho algun naturalista que, así como las palomas, los pluviales y algun otro pájaro que no recordamos, no tiene hiel. Buffon desmintió este aserto, pero la verdad es que la vejiguilla de la hiel es tan pequeña en estas aves, que casi puede considerarse por nula, y apénas si se advierte en la chocha guisada. En cuanto á los intestinos, sólo contienen una fécula clara y blanquecina muy escasa. No es de extrañar, pues, que el Licurgo de los sitiólogos modernos, el inclito Gouffé, aconseje en la prescripción de varios manjares en que entra la chocha—todos de la *Grande Cuisine*, por supuesto, pues á la cocina casera no la considera digna de la chocha—que ésta sea aprestada *sans la vuider*. Y excusamos concretar más sobre este punto de alta sitiología. Los que cultiven este arte saben perfectamente cómo deben comerse las chochas: los que carecen de facultades para iniciarse en ella, los que desconocen los principios de la Escuela de Salerno y no tienen en cuenta aquel prudentísimo consejo que con su exquisito buen sentido filosófico nos da Ciceron en su tratado *De senectute: Tantum cibi et potionis adhibendus est ut reficiantur vires, non opprimantur*; á esos lo mismo les da chocha que pollo tísico y anémico de la *escalera* de la Plaza.

Para concluir.

Nuestras observaciones personales nos permiten afirmar:

Que la chocha algo manida es muy superior á la fresca, como sucede con toda la volatería de carne más ó ménos negra.

Que la hembra es más sabrosa que el macho.

Y que en otoño y primeras semanas de invierno es cuando deben comerse, pues es cuando están más gordas; en primavera y último mes del invierno están flacas y desabridas, y cuando se acerca la época del celo tienen además un tufillo muy pronunciado y sólo les queda de chocha el nombre y la forma.

Este tufillo es tal que muchos perros no quieren cobrarla ni traerla. Por lo demas, es el ave que despues de muerta se conserva más tiempo en buen estado, y así el que con buen acuerdo prefiera comerla manida, deberá guardarla algunos dias para que paulatinamente llegue á ponerse *en punto*.

VENATOR.

LA FARSA

EN LA COMPRA-VENTA DE CABALLOS.

TIPOS GENERALES.

Tratante de tres dias al año.

ARTÍCULO V.

Allá *in illo tempore*, los criadores eran los únicos que se ocupaban de la venta de potros en las ferias, y lo hacían á la buena de Dios, como entónces era uso y costumbre. Hoy son ya muchos los que sin el título de criadores venden en nuestros mercados animales potros cerriles, adquiridos en los momentos de angustiosa penuria de nuestros criadores en pequeño. Así como también algunos de nuestros ganaderos tomando el aire y costumbre de los chalanés, siguiendo la escuela de éstos, más ó ménos reformada.

El vendedor de potros en feria comunmente ejerce su industria una vez al año en cada localidad.

La mercancía de este nuevo chalan presenta casi siempre un aspecto miserable, se necesita conocer á fondo al potro español y á cuanto le rodea para hacer alto en frente de una piara; sin embargo, se distingue perfectamente una de las buenas cualidades que le adornan en medio de su miseria y poco desarrollo físico. «*El no consentir que se les ponga picante en el ano: no transigen con la moda de los chalanés extranjeros*. Son pudorosos y tienen vergüenza. Hijos estos pobres potros de madres, que generalmente no omen durante el invierno, no suelen hartarse en la primavera, reparten su alimento con los tábanos en el estío, y ayunan en el otoño; mantienen á la vez dos hijos, uno en embrión y á otro nacido en el mismo año. A éste se le desteta generalmente ántes de tiempo y pasa á hacer la vida del inclusero, que come de sí mismo: su alzada se estaciona casi por completo hasta que llega á los tres ó cuatro años y se vende en feria, donde por primera vez se exhibe sirviendo de base para la prestigiacion ecuestre, de la que ya no puede desprenderse hasta que se muera.

Su amo el vendedor lo coloca con todos sus hermanos dentro de una empalizada de unos cuatro á cinco piés de altura. A la distancia de unos ocho metros, su *inocente dueño* ha formado con estacas un círculo picadero de ocho ó diez metros de diámetro lo más.

En este local *tan sencilla é inocentemente construido*, se verifica el primer acto de embaucacion ecuestre, cuyo galán jóven es el caballo.

El comprador más ó ménos caprichoso elige el potro desde fuera de la empalizada, el cual se aparta y pasa al escenario picadero á verificar su debut.

Desafiamos al más aventajado escenógrafo que pinte un *atrezzo* escénico que sea mejor y de más efecto que un picadero compuesto de estacas implantadas en el terreno, y alrededor unas esteras, y por añadidura viejas.

Este escenario tiene altura suficiente para que los potros puedan barbearlo.

El lector creerá que aquel picadero compuesto de material tan ligero y viejo se habrá hecho así... como para decir es obra de feria y que no tiene importancia; pues está muy equivocado. Este teatro ecuestre no puede ser de otra manera, y si se variase en lo más insignificante, llegaría alguna vez el comprador á estar de enhorabuena, y no es eso lo que se desea; la cuestion palpitante es que siempre esté de pésame.

El potro salvaje ó criado en piara tiene mucha querenia, y lo mismo es entrar en aquel reducido local, al verse separado de sus hermanos y demas parientes, toma posiciones admirables, el comprador inocente lo admira y á la vez se encuentra aturrido, porque no puede distinguir qué aire de los que ejecuta el caballo es el mejor, es verdad que al potro no le es dable ejecutar ninguno; no observa que el vendedor no le quita el ojo de encima y se sonríe considerando ya en su poder una parte del bolsillo de su victima.

En aquel tan reducido laberinto, el animal no puede andar, trotar ni galopar; no le es dable hacer nada, atendiendo á las especiales circunstancias en que se encuentra, mas que con movimientos desordenados; quiere saltar y no se atreve, desea reunirse con sus hermanos é insiste, pero se vuelve y se revuelve, hace piruetas altas continuadas, hasta que viendo que no puede salir de aquel reducido circuito, se decide por fin y salta. ¡Admirable! dice el comprador, y el vendedor añade: «*No sé por qué no ha saltado antes; tiene un poder extraordinario, y luégo, su nobleza*» (única palabra verdad), «*y todo él... cada pelo vale un duro; dentro de seis meses quisiera verlo y quizá entónces no me lo daría V. ni en media talega.*»

Ya habrá comprendido el lector que el picadero con su decorado escénico no podía ser de otro modo para el efecto.

Con una estaca más fuerte y firme en la tierra, una estera nueva y más alta y un picadero más grande; el potro no hubiese visto á sus hermanos en primer lugar; en segundo, no hubiera tomado actitudes magníficas ni manifestado su poder de riñones; en tercer lugar, tal vez se hubiera hecho daño ó quizá desgraciado, si la estera vieja no se hubiese roto y la estaca no cediera al empuje, y en último lugar, en un picadero más grande, el potro hubiera marcado bien sus movimientos naturales, y no es esto lo que se desea.

Esta pequeña catástrofe es necesaria por consiguiente para embaucar al comprador.

El que vende, aparenta enfadarse, manda levantar todo lo caído y dice sin dirigirse á nadie: «*No sé cómo hay quien quiera tener caballos; cuestan más que lo que ellos valen; voy á vender hasta la última yegua el dia que me las paguen en la mitad del costo; éstos no son caballos, son fieras*; es verdad que se hacen luégo unos borregos; pero es en manos del particular: á nosotros nos toca siempre el mochuelo» (esto casi es una verdad); «no nos pro-

tegen» (algo de razon tienen); «esta afición le cuesta á uno mucho dinero y muchos desvelos» (esto no es cierto, y sobre todo lo de los desvelos). Al mismo tiempo con fingido mal humor se dirige hácia el comprador y pregunta: «*Vamos á ver, ¿le parece á V. que uno se esmere en sacar buenos caballos de silla... eligiendo y depurando el afinamiento, para que luégo se nos ofrezca lo que V. acaba de pronunciar? V. es más inteligente que yo, y sabrá dar valor á las cosas y comprenderá mejor que nadie lo que vale un potro escogido.*»

El comprador, que si bien es cierto sabía de antemano que los potros de cabeza *acamerada y larga con el cuello bajo y grueso* son los más serios y mejores para el tipo de silla, por lo cual se decidió á escoger un potro con este exterior físico, nunca creyó que su *inteligencia y buen ojo estaban á altura tan desmesurada como para que hubiese llamado la atención del vendedor, á quien juzga un genio de potros.*

Este bendito comprador con sus alegrías y sus conocimientos hipícos, á tan poca costa adquiridos, cayó en el lazo; la vana confirmacion de su inteligencia en potros le cuesta 50 ó 200 duros más, segun sea la calidad del que elija; sólo le falta el último golpe de gracia, como se dice vulgarmente; y para dárselo un segundo hermano en Adán, dice á un tercero y á un cuarto y á un quinto si lo hay: «*¿Sabeis que si todos los compradores fuesen como el señorito, desflorarían las piaras en un santiamén?*»

El comprador que vuelve la cabeza y ve á cuatro ó cinco hombres formando corro, y que con la mayor naturalidad hablan de él *sin notar que él los observaba* y que el mayoral de la piara al mismo tiempo dice á su amo: «*No es manco el señor; ya sabe dónde tiene la mano derecha.*»

El comprador, que, como decimos, ve y oye todo esto por casualidad, cierra el trato y carga con el potro sin olvidar la gratificacion del mayoral, el cual, sombrero en mano, le dice: «*Señorito, disfrútelo V. con salud, y dese le V. á un maestro que tenga muy buena mano, ha de ser una alhaja.*»

Adquirido el potro, se le hace tarde mostrarlo á todos sus amigos y conocidos; éstos aumentan ó disminuyen los defectos á su antojo.

El animal suele estar torcido de ánima y cuerpo, pero *el futuro desarrollo, el verde, las empajadas, el herrado, etc. lo han de poner gordo y aplomado.*

¡Así hace su entrada con más ó ménos farsa en el gran mundo ecuestre este noble animal, despidiéndose algunos años más tarde, lleno de resistencias y todo género de entabes, de la humanidad doliente, *sábía y generosa*, ¡en la Plaza de Toros!

Concluimos el presente artículo y con él la farsa en la compra-venta de caballos; describiendo otro industrial que no es ni comprador ni vendedor, pero sabe muchísimo más que ambos; su oficio es servir de gancho entre uno y otro.

Este tipo, del que ligeramente vamos á ocuparnos, conoce al caballo lo preciso, y más que nada su exterior.

Sus vastos conocimientos consisten más que en otra cosa, en conocer á fondo al vendedor y al comprador, y verdaderamente es lo esencial para el objeto.

Este sér es positivista *pur sang*; lo primero que trata de inquirir es á la altura que se encuentra la necesidad del vendedor y comprador, y si ninguno la tiene apremiante, se dedica á estudiar el capricho de ambos, y despues forma su plan de ataque.

No tendríamos que esforzarnos mucho para afirmar que engaña á los dos y que su capital no sufre jamas quiebra.

Conviene usar de pocas palabras con él, pues se pierde indudablemente el que se entrega. Se le debe prometer con seriedad y sin ambigüedades, que si el caballo le adquiere en 100, se le dará en 20; si en 90, en 25, etc., etc.; *siempre la cantidad suficiente para que entienda nuestra lengua y el sentido recto de nuestras palabras.*

Esta inteligencia suprema suele decir al vendedor que el señorito es muy agarrado, y al comprador, que por el caballo le daban tanto y cuanto y que su dueño no le quiso vender.

Sus favores los declina casi siempre en favor de la cantidad, pero algunas veces los hace en favor de aquél que le proporciona muchos negocios.

Viste y habla de manera á no hacerse sospechoso. En fin, este tipo es el corredor, el cual, dueño del secreto de las dos partes, los maneja á su antojo.

Ni con un candil se busca un animal más noble que el caballo, ni tampoco que se preste mejor á los manejos de embaucacion inventados por el hombre.

¡Ah, noble animal, que organizacion más elástica, qué inteligencia y qué memoria!

Efecto de los muchos dueños que este generoso bruto tiene en su corta vida, no á voluntad propia, por supuesto, resulta que el caballo, no sólo tiene que aprender lo que el nuevo amo le enseñe, sino que tiene que olvidar lo que con los otros aprendió, que es lo más difícil, y lo más difícil aún no es el aprender y olvidar lo que se le enseñe y enseñó, sino el que llene los deseos del nuevo maestro ó dueño; y no con lecciones estudiadas, combinadas y aprobadas de antemano, sino siempre con ensayos.

Al adquirirse un caballo debemos estar desconfiados hasta sacar la consecuencia de lo que debió el vendedor habernos dicho del instrumento que nos traspasa.

El hombre lo sacrifica todo á su amor propio, le importa muy poco que el comprador pueda estrellarse, y como los engaños ecuestres no atacan á la conciencia, el vendedor se queda tan tranquilo.

Hé aquí por qué el jinete no debe, ni exigir ni estar plenamente convencido de que el caballo lo entiende y responde al lenguaje cifrado y escogido por él para hacerse comprender, ni atribuir al animal malos instintos por obrar de esta ó aquella manera.

J. SENÉN.

NOTICIAS GENERALES.

El total de cajas de naranja embarcadas en el puerto de Valencia durante el pasado mes de Noviembre, ascendió á la notable suma de 137.734, destinadas todas ellas á la exportación.

En igual mes del pasado año sólo se exportaron por dicho puerto 80.003 cajas, de manera que hay este año una diferencia en más de 55.731 cajas.

Esto bastaría para explicar la depreciación que en los mercados extranjeros ha sufrido el rico fruto de los naranjales, y el extraordinario movimiento que, lo mismo en los pueblos que en las carreteras y vías férreas ha habido en las últimas semanas.

Se ha pedido autorización para fundar un círculo de recreo para las gentes de letras y aficionados al Sport.

Un periódico de Castellón, ocupándose de la plantación de caña de azúcar en aquella provincia, y del entusiasmo general que el nuevo cultivo despierta en propietarios y arrendatarios, recuerda que los primeros ensayos se hicieron en el campo de prácticas del Instituto de segunda enseñanza por D. Tomás Miralles, y que casi abandonados, emprendió la propaganda en favor de la nueva cosecha el celoso propietario D. José Miguel y Polo, dando el ejemplo, hasta el punto de tener hoy plantadas muy cerca de 300 hanegadas de caña.

El referido diario calcula que las plantaciones hechas hasta ahora, á las que, con pocas excepciones, sólo puede darse el carácter de ensayos, ascienden en la provincia de Castellón á unas 700 hanegadas, las cuales ofrecen tan buen resultado que, según personas prácticas, están sus plantaciones mucho más desarrolladas que las de Andalucía, y creen que si continúan en la misma progresión de crecimiento, no será extraño que algún campo de este año, primero de su plantación, 900 ó 1.000 arrobas de caña por hanegada.

El consejero de agricultura D. Miguel Lopez Martínez disertó en el Conservatorio de Artes sobre el anunciado tema «Importancia del ganado de cerda, su estado actual y medios de perfeccionarlo», considerándolo en sus diversos puntos de vista teórico, científico y práctico. Asistieron á la conferencia el director de Agricultura, Sr. Cárdenas, ingenieros agrónomos, publicistas, profesores y otras muchas personas. El discurso del Sr. Lopez Martínez obtuvo elogios y aplausos.

Se ha inventado un nuevo sistema para la corta de árboles en las Indias orientales. Los dos cabos de alambre de una pila de Volta se juntan ó unen por uno de platino, el que, calentándose instantáneamente, se pasa como una sierra á través del árbol y lo corta con rapidez. Se calcula que un árbol que tomaría dos horas para cortarlo por los medios ordinarios, se cortaría en quince ó veinte minutos y sin gran trabajo. Una casa de Bombay ha sacado el privilegio de invención.

Los criadores de *shorthorns* en Inglaterra, que han llevado á una gran perfección esta variedad bovina, han observado que los reproductores exportados al Canadá dan mucho mejor resultado y crías superiores á los que quedan en Inglaterra. Así es que se ven obligados á hacerlos venir de allí para mejorar sus rebaños, y esta operación es muy costosa, como lo prueba lo siguiente: Mr. Holford ha hecho comprar en Quebec un par de *shorthorns*, uno de catorce y otro de diez meses, al enorme precio de 132 500 francos el par, sin contar el costo del viaje y el riesgo que esos animales van á correr en el mar. Es, pues, una suma de 200.000 francos que arriesga de un golpe y con el solo objeto de conservar la superioridad de su rebaño.

Dos de los caballos que figuraron en la célebre carga de Balaclava, en 1854, viven aún. Uno pertenece al teniente Ash, y el segundo es un caballo árabe del Duque de Cambridge, generalísimo de la armada británica.

La epizootia ha hecho grandes estragos este año en Inglaterra. La Baronesa Rosthschild ha perdido tres caballos padres de gran valor, y la Reina tres de sus mejores yeguas. Entre éstas *Viridis*, la madre de *Sfrinfeld*, que estaba preñada. Se calcula en 20.000 duros el valor de esta yegua.

El precio de monta de *Scottish-Chief* ha subido á 150 guineas para la próxima estación. Es la suma más crecida que se ha pedido desde la muerte de *Stockwell*, cuyo precio era de 200 guineas. Mr. Bleukiron compró á *Scottish-Chief* en 8.000 guineas.

En Abbeville se ha creado una fábrica en que compran todas las frutas dañadas y que no sirven para el consumo; las machacan, las hacen una pasta y confeccionan unas tabletas como las del chocolate, la que con sólo desleirla en un poco de agua caliente se obtiene una excelente mermelada, pues todas las cualidades de la fruta se encuentra en las tabletas. Se le puede agregar azúcar, ron, etc., á voluntad.

Los esquimales del Jardín de Aclimatación de París han dado al numeroso público que los visita el espectáculo de una caza de focas. Un esquimal, en su piragua, lanza con maravillosa destreza el arpon con que debe cazar al monstruo marino y deja correr el cable que debe seguirlo en su huida. Como simulacro, ha causado bastante efecto, pero falta la emoción y no se siente uno conmovido por el ser inofensivo con piel de foca que figura el animal cazado. Aun así el espectáculo interesó vivamente á la multitud, que espera con impaciencia las primeras nieves para asistir á la prometida caza del oso blanco. ¿Pero quién hará el oso?

Mr. Perkins ha rehusado ceder en 100.000 libras esterlinas su potrero *Preandere*, vencedor del *Middle-Park* en este año.

Eucalipsinto. Así se llama un licor últimamente fabricado y sacado de las hojas del eucalipto. El doctor Miergue ha conseguido, después de varios experimentos, destilar de las hojas un licor que, al paso que alegre y es agradable al paladar, contiene muchas propiedades útiles y medicinales. En Marsella, donde se fabrica y consume en gran cantidad, se cree será pronto muy popular y vendrá á reemplazar al ajeno.

El octopus mayor que se ha visto, se cogió en Setiembre último cerca de Terranova.

Este monstruo marino media 10 pies de largo y 7 de circunferencia. Los tentáculos tenían 30 pies de desarrollo, y cada uno de ocho brazos. Es un ejemplo notable del gigantesco tamaño que casi todos los pescados pueden alcanzar cuando escapan por bastante tiempo á sus innumerables enemigos.

Tomás Coleman, el fundador de las reuniones de *steeple chases* en Inglaterra, que organizó las primeras carreras de obstáculos en Saint-Albans hácia el año 1830, acaba de morir á los noventa años de edad. Mr. Coleman, que habia sido mozo de cuadra, después picador y empresario de espectáculos públicos, inventó las *courses au clecher*.

Un matrimonio de rara excentricidad se ha celebrado en Moscov.

La esposa es una joven hermosa de 22 años y con gran fortuna. El marido ha cumplido los 86 años y es un mendigo. La joven no podía disponer de su fortuna sino casándose, y sus tutores le habian escogido un marido que le era odioso; pero como queria entrar en posesión de su fortuna, imaginó pedir á un mendigo, á quien habia socorrido otras veces, que aceptara 300 rublos y se casara con ella, y que después de verificada la ceremonia se alejara de ella, sin tratar de volver á verla nunca. Estas condiciones fueron aceptadas sin discusión, y el casamiento se verificó en medio de una multitud de pobres de la ciudad invitados por el marido.

Leemos en el *Comercio de Porto*:

«Continúa publicándose con la mayor regularidad la magnífica traducción del afamado libro de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*. El distinguido traductor señor Vizconde de Benalcánfor, se esmera en este trabajo; como era de esperar de su talento y carácter serio.»

La *Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento* contiene en su núm. 4.º del tomo v, correspondiente al 30 de Noviembre, las siguientes materias:

- I.—E. Abella, La labor llana en comparación del alomado de las tierras.
- II.—Diano, El mijo.
- III.—R. P., Resumen del cultivo del pimiento (*capsicum longum*) en la Vera de Plasencia (Cáceres).
- IV.—Antonio Botija y Fajardo, Conferencias agrícolas: Abonos.
- V.—Meliton Atienza y Sirvent, Conocimiento de la edad en el caballo.
- VI.—Un curioso, Algunos aparatos accesorios para el trabajo de los vinos.
- VII.—Justus Liebig, Las leyes naturales de la agricultura.
- VIII.—José de Hidalgo y Tablada, Variedades de vid: Jaen blanco.
- IX.—Francisco Balaguer, Destilatorio de granos.
- X.—Miguel Lopez Martinez, Bibliografía.

Abrigamos profundas esperanzas de que al fin tengamos carreras de caballos en Madrid, cosa que demanda á un tiempo la cultura de la corte como los intereses de la raza caballar en España.

En Manila van tomando gran afición á las carreras de caballos.

Según las noticias de los últimos correos se preparaba una fiesta hípica, en que tomarán parte los caballos de las personas más principales de aquella población.

Un caballo del general Moriones era el favorito entre los aficionados.

El Sr. Conde de Gomar mató en los últimos días que ha cazado en los Llanos, un hermoso zorro que se habia salvado de varios tiros anteriores.

En la semana que acaba de pasar han estado de cacería en el monte que el Sr. Abascal posee en las inmediaciones de Alcalá, los Sres. Sagasta, Gonzalez (D. Venancio) y Parra.

Nuestro amigo el Sr. D. Fernando Heredia está preparando para las próximas carreras de primavera en Andalucía, un magnífico potrero castaño, careto, de tres años, perteneciente al Excmo. Sr. Marqués de Salamanca, nacido y criado en la célebre posesión de los Llanos.

Es notable el hermoso caballo de la casta de Romero de Jerez, que posee en la ciudad de Valencia nuestro amigo D. Serapio Parra.

De un momento á otro deben llegar varios notables caballos extranjeros á la cuadra que en el barrio de Argüelles posee el Sr. Oliva.

Han llamado la atención en el paseo del Retiro por su belleza, gentileza y garbo á caballo, las jóvenes hijas de los Sres. Marqueses de la Torrequilla.

Hemos oído hacer grandes elogios de los caballos ingleses que ha comprado recientemente el Sr. Duque de Huescar.

Se calcula en más de 1.200.000 francos la suma total ganada en Francia por la victoria de *Jongleur* y *Gladia* en el Cambridgeshire.

Hay en París un caballo que hace algunos cientos de leguas por año reculando. Hace todo su servicio yendo para atrás, y sólo lo utilizan en eso. Pertenece á la Compañía del ferro-carril de Orleans y lo destinan exclusivamente en empujar los camiones para recibir los bultos, y tiene un arnés especial, blindado en la pierna, para garantizarlo contra los golpes de la lanza.

Hemos recibido la *Agenda de Bufete* ó libro de memoria diario para el año de 1878, con noticias, Guía de Madrid y el Calendario completo que publica el Sr. Bailly-Bailliére.

Las mejoras de este año, 1878, entre otras son: Tarifa del impuesto de consumos y arbitrios municipales aprobada por el Ayuntamiento de Madrid y que ha de regir durante el año económico de 1877 á 1878.—Arbitrios municipales sobre puestos públicos, etc., etc.

La instrucción para la administración y cobranza del impuesto sobre cédulas personales.—Nueva tarifa de Correos.—Nueva tarifa de los coches de plaza, etc., etc.

Se hallará de venta en la librería extranjera y nacional de D. C. Bailly-Bailliére, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las principales librerías de provincias.

Tenemos entendido que al tratarse en el último Consejo de Ministros de los festejos con que han de solemnizarse las bodas de S. M., ha decidido el Gobierno que haya carreras de caballos, convocando al efecto á las Sociedades de Sevilla, Jerez, Cádiz, Málaga y Granada para que tomen parte sus socios en estas carreras extraordinarias.

El Sr. Ministro de Fomento ha sido el encargado de buscar el terreno á propósito donde ha de improvisarse el hipódromo.

Desearíamos, por creerlo lo más conveniente, que se escogiese para el hipódromo un terreno cercano á Madrid, y donde pudiese aquél quedar permanente para las Sociedades que sabemos tratan de formarse en Madrid.

El miércoles último se verificó en el Pardo una cacería dada por S. M. el Rey á varios individuos del Cuerpo diplomático.

Asistieron á ella el Sr. Ministro de Austria, el de Prusia, y algunos otros representantes extranjeros acreditados en esta Corte.

Acompañaban á S. M. el Rey, además, el Sr. Conde de Morphi y el Marqués de Villapaterna.

Los cazadores salieron de Madrid á las nueve de la mañana, y almorzaron en el campo al aire libre, disfrutando de un día templado y hermoso.

Mataron cerca de 300 piezas (perdices), volviendo todos muy complacidos, así del éxito de la cacería, como de la amabilidad de S. M. el Rey.

El viernes han estado de cacería en *La Flamenca* su propietario el Sr. Duque de Fernan-Núñez, el príncipe Pio, el Barón de Benifayó, Marqués de La Mina, Marqués de Adda, Vizconde de la Torre de Luzon, D. Scipion Murillo y D. José Luis Albareda.

A pesar del crudísimo día que hizo á los expedicionarios, en dos solos ojeos que pudieron darse mataron más de 80 piezas, entre conejos, liebres, perdices y chochas.

El monte de *La Flamenca* es, sin duda, hoy uno de los más poblados de caza y que presenta paisajes más pintorescos de cuantos existen en España.

AVISO IMPORTANTE.

Sabemos que el sábado por la noche debieron reunirse en el Ministerio de Fomento algunos aficionados invitados por el Sr. Conde de Toreno, para concertar los medios de que haya en Madrid carreras de caballos con motivo de la boda de S. M. el Rey.

Ignoramos si la estación creará dificultades para que las carreras puedan tener lugar como deseamos; pero hay que confiar en que los propietarios de caballos de Andalucía, especialmente, concurrirán á este certamen en que se adjudicarán premios de importancia.

NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

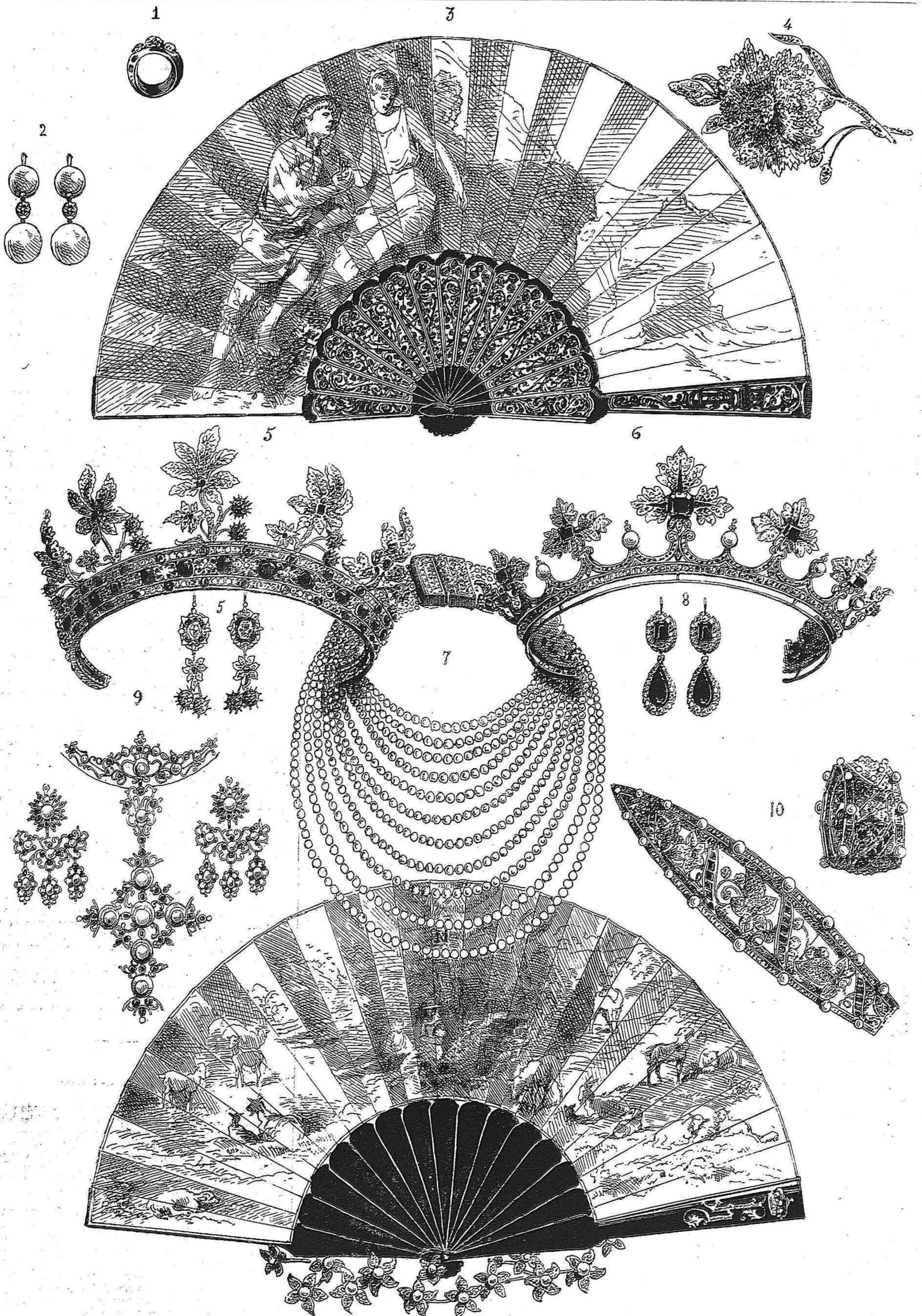
Las bodas frustradas, las que se han consumado y las que se proyectan han sido el objeto principal de las conversaciones de la sociedad durante la pasada quincena.

Y como es natural, entre las segundas, de la que más se ha hablado ha sido de la más notable, de la de la Señorita Doña Rosario Falcó y Osorio, hoy Duquesa de Huescar y presunta Duquesa de Alba por su esposo, y Condesa de Siruela por el título que le ha cedido su ilustre madre.

Desde el palacio de Cervellon, donde, á la sombra de la corona ducal de sus padres, se mecía, entre el cariño y las esperanzas, su noble cuna, ha pasado, en alas del amor y de la dicha, al elegante palacio de Liria, lleno de tan queridos recuerdos, y donde su talento y su belleza continuarán las tradiciones de aquellas hermosas Duquesas de Alba, que la recibirán con júbilo desde el severo fondo de sus retratos cuando tome posesión de sus dorados salones.

Ya á la simbólica flor de azahar que lucieron sus negros cabellos la mañana del pasado lunes, sucederán los ilustres florones de la corona que por su posición le pertenecen.

Si siempre son interesantes estos momentos en que la joven se despide de su vida de adolescente para entrar de lleno á cumplir la hermosa misión que la religión y la so-



1. Sortija con tres brillantes, regalada por S. A. el Principe Imperial.—2. Pendientes, regalados por el Sr. Barón de Benifayó.—3. Abanico de concha, con el pais pintado por D. Santiago Aréas, regalo del mismo.—4. Clavel de brillantes, regalado por S. M. la Emperatriz de Francia.—5. Corona y pendientes de brillantes y rubies, legado de la Sra. Marquesa de Noguera.—6. Corona ducal, regalada por el Sr. Duque de Huéscar.—7. Collar, regalado por los Sres. Duques de Fernan-Núñez.—8. Pendientes, regalados por el Sr. Duque de Alba.—9. Aderezo de granates y perlas, estilo Florentino, regalado por los Sres. Principes Pio de Savoia.—10. Brazzaletes de esmeraldas, perlas y brillantes, regalados por el Sr. Duque de Huéscar.—11. Abanico de concha, con cifra de brillantes y esmalte, regalado por el Sr. Duque viudo de Montellano.—12. Entrecias de brillantes y perlas, regaladas por el Sr. Duque de Alba.

ciudad confieren á la mujer que es, desde que por el amor se une al que eligió su corazón, reina y alegría del hogar, encanto de la vida, manantial de esos purísimos goces que simbolizan la amante caricia de la esposa y los tiernos arrullos de la madre y fundan la más santa, la más querida y la más sublime de las constituciones, la familia, tenían que serlo doblemente esta vez en que la sociedad de Madrid ha visto enlazarse los nobiliarios timbres de dos de las casas más ilustres de la aristocracia que gozan entre todas las clases de generales simpatías.

Pero hablemos por partes de este fausto acontecimiento. Elegantes carrozas se detenían una tarde de los pasados días á la puerta del Palacio de los Duques de Fernan-Núñez, y de ellas salían las más distinguidas damas de la corte, que iban á admirar el suntuoso equipo de la noble desposada.

En el centro del salón de baile, famoso en la sociedad elegante de Madrid, levantábase extensa mesa, donde en profusa magnificencia se veían los finos bordados y delicadas telas destinadas á cubrir el tálamo nupcial, y con ellas todas las prendas del tocado íntimo de la mujer que la moda designa con el nombre de *trousseau* cuando se trata de una dama elegante, y que la costumbre llama la *ropa blanca* cuando se refiere á la clase media.

¡La ropa blanca! Registrad las monumentales arcas y los grandes armarios donde guardó el anhelo de vuestra abuela sus tesoros domésticos; preguntad á las mujeres cuidadas de su persona y de su casa, y ellas os dirán que la *ropa blanca* es lo más fundamental de su ornato.

No hay familia que no la mire con especial cuidado cuando se trata de casar á sus hijas, y lo mismo la pobre del pueblo que la rica heredera, ponen su esmero en esa parte importantísima del equipo, gastando la una sus economías y poniendo sus cuidados en esas ropas que cose con sus manos, formando á cada punto mil seductores sueños de ventura para el porvenir, y en que la otra gasta una parte de sus riquezas.

Cuando se ha querido simbolizar de una manera exacta á la mujer en su hogar, se ha representado por una augusta matrona que hilaba en su rueca el blanco lino ó la cardada lana, preparando así las ropas de sus hijos.

Aun en esas casas solariegas de provincias, donde la tradición se guarda, criase en las tierras del padre la útil planta de que se forman los hilos con que se teje el lienzo, y en las largas veladas de invierno hilan las delicadas manos de la señora, y allá en la orilla del río lo tienden en los espléndidos días de primavera la solicitud de las criadas, formándose de este modo en la casa esas ropas que constituyen uno de los más especiales cuidados de la mujer en el hogar.

Espléndidos en todo, no podían ser en este punto mezquinos con la única de sus hijas que iba á casarse, los Duques de Fernan-Núñez.

Las damas que contemplaban el equipo deteníanse admiradas ante la larga mesa. Allí estaban, constituyendo cada prenda de por sí una labor primorosa, la coquetona gorra que recoge los ondulantes rizos y que oculta graciosamente, ántes de que la *toilette* llegue, encantadores desórdenes del peinado; allí la voluptuosa bata que forma la deliciosa *negligé* de las primeras horas de la mañana; allí la fina holandesa, la transparente batista y el rico encaje se manifestaban en mil formas, no faltando nada de cuanto la mujer más elegante pudiera desear.

Los encajes constituyen por sí solos un importante capital.

Gala, riqueza y adorno, en todas las épocas y en todos los tiempos se han apreciado.

Los Países Bajos serían eternamente famosos, aunque no fuera más que por haberse ocupado los primeros de esta industria.

«Tela exit tennis rentisque foramine multo
Pernia, quæ fastum totius orbis alit.»

Decía en 1651 el erudito Jacques Van Eyck, al cantar las ventajitas de Bélgica en general y de cada una de sus provincias en particular:

«Sedens micat articulis leritesque prola
In girum orbiculos filaque nullet rota
Sæpe manu fegit, varias ut imagine formas
Exprimat, innumeras sæpe refegit aus.»

Perdon, bellas lectoras, por estos latines, aunque haga méritos para ingresar en la Academia y excite seguramente vuestro enojo; pero no pude menos de recordarlos al contemplar la profusión de encajes del *trousseau* de la Duquesa de Huéscar.

Había allí muchos (todos los regalados por el novio) que procedían de su inolvidable madre, y sabido es cuánto se distinguió en encajes y blondas el buen gusto de aquella Duquesa de Alba, cuyo nombre se cita todavía cuando se quiere dar exacta idea del buen tono y de la elegancia.

Mejor que *Les singuliers et nouveaux portraits du Seigneur Frederic Vinciolo Venitiem pour toutes sortes d'ouvrages de lingerie*, obra publicada en 1527 por Juan Leclerc en París, y que es la más completa que acerca de los encajes del siglo XVI se conoce.

Mejor que los famosos retratos de Maximiliano y de Margarita de Borgoña que existen en la iglesia de Saint-Gomar de Lieja, y en que el pincel, más meticuloso que brillante, de Quentin-Melsisapuró, al pintar las vestiduras de los príncipes, las labores que pueden hacerse con el encaje, mejor que todo esto, repetimos, podían dar idea de su riqueza la colección expuesta en el equipo de la Duquesa de Huéscar.

Allí se veía la delicada labor de Malinas, llamada también *broderie*, por el fino relieve que da á las flores el hilo, que es como el trazado del dibujo; allí el punto de Inglaterra, prueba del esfuerzo que la gran nación industrial hizo para rivalizar con Brusélas; el de Alenzon, con que Francia, por la iniciativa y laboriosidad de Colbert, quiso igualar al extranjero; allí el inimitable encaje de Flándes,

caprichoso como los dibujos que el hielo forma en los cristales en las madrugadas de invierno; allí el Chantilly, que parece labor con que entretienen sus ocios los encantadores dedos de una hada. Allí, en las blondas de Cataluña, pruebas del adelanto de la industria nacional en esta manufactura; allí, en fin, guarneciendo telas, adornando vestidos, festeando canesús, formando flotantes cintas, se veía cuanto de rico puede imaginarse en estos encajes, que no pueden faltar ni en los mantos de las vírgenes ni en las galas de las reinas.

La mayor parte ostentaban ese color amarillento que es, con la ejecutoria de nobleza del encaje, su signo de distinción y antigüedad, que no pueden imitar el *parvenu* ni el advenedizo.

En una mesa próxima se veían lisas y caladas medias de rica seda, ó de flexible hilo, bordadas unas al gusto del tiempo de Luis XV, caladas otras como las de las damas que retrató Goya, y lisas muchas, matizadas con las tintas fuertes del encarnado, con las delicadas del azul ó con las más suaves y elegantes del gris plata.

Y en otra pieza profusión de botas elegantes y coquetonas á la francesa, de zapatos españoles que permiten lucir la elegancia de la forma, y que adornan caprichosos lazos, y botas y zapatos, inverosímiles por pequeños, como para encerrar el pié de la más gentil andaluza ó de la más elegante cubana.

Sería prolijo detenerse ante las verdaderas maravillas del equipo de una mujer elegante que allí se admiraban.

Las damas más distinguidas de la corte lo examinaban todo, y en una parte admiraban el gusto, en otras la riqueza y en todas la elegancia.

Aquel inteligente y competentísimo jurado, que ha ejercitado su gusto en los almacenes de París y en la vida del gran mundo, no tenían para todo sino tributos de alabanza.

Lo que más excitaba la admiración eran los vestidos.

El vestido de una mujer elegante casi puede llamarse hoy una obra de arte. Woorth, el célebre sastre francés, colocado en el pedestal desde donde la moda extiende sus decretos tan generalmente acatados, es un notable acuarelista, y visitando los ricos museos de Europa, estudiando los cuadros en que inteligentes pinceles han trazado retratos de personajes y escenas de la fábula ó de la historia, forma sus modelos, que ora tienen la severidad de la túnica de las matronas romanas, la majestad de la falda de las ricahembras de Castilla, la elegancia de las vestiduras de las damas de Venecia, ó el coqueton capricho de las cortesanas de Francia.

Los trajes que el Duque de Huéscar ha regalado á su esposa, son indudablemente el *tour de force* de Woorth.

Hay entre ellos uno de terciopelo color de rubí, oscuro en las sombras de los pliegues, y de un encarnado brillante cuando le hiere la luz, muy semejante en sus tonos á esas telas que Gisbert pone en sus cuadros y que han contribuido á su reputación, vestido que no hubiera desechado ni por su riqueza ni por su hechura la más opulenta patricia de Venecia al engalanarse para asistir á las bodas del Dux con el Adriático.

La moda del tiempo del Renacimiento, en que volvía á dominar el buen gusto artístico, es la que domina en este traje. La falda, algo más amplia que las que hoy se usan, va adornada de grandes tiras de pasamanería, bordadas las labores con cuentas de color de rubí, que también guarnecen la ancha y flotante manga.

Contrasta con la severa elegancia de este traje otro copiado de los modelos del tiempo de Luis XV, de aquella época en que domina en la literatura el estilo campestre de los idilios, y en que parecía que se quería llevar la naturaleza á los salones, prodigando por todas partes los paisajes de Vateau, y tejiendo dibujos de flores lo mismo en los vestidos de las damas que en los adornos de la tapicería.

Las estatuas de los dioses de la mitología, con pelucas á lo Luis XIV, adornaban los parques y jardines de Versalles, y dominaba en todo una especie de mal gusto, si se quiere brillante.

El vestido que en el equipo de la presunta Duquesa de Alba nos recuerda esta época, es de brocado azul pálido, y á los lados de la cola cuadrada, ostenta lazos, mariposas de raso color musgo, y el delantal con peto va todo bordado de felpilla de color amarillento, como el de la hoja ántes de caer en otoño, y de cuentas de trasparente color ámbar.

El vestido de terciopelo negro parece de una rica-hembra castellana. El delantero es de raso, negro también, bordado de *clair de lune*, lo mismo que la extensísima cola; el corpiño es semi-escotado, y este traje será admirable cuando realce la hermosura de su dueña.

Hablar detenidamente de los demás vestidos, del de seda, color resedá; del de terciopelo, color musgo; del guarnecido de encajes de Brusélas; del que ostenta los de Brujes más hermosos quizá que hay en España, sería tarea larga y empresa difícil dar exacta idea de su exquisita elegancia.

En el gabinete contiguo al salón de baile, veíanse los regalos y las joyas.

Parecía que de todos los países, de todos los tiempos y de todas las épocas habían llegado allí ofrendas para la hermosa desposada.

Las pruebas de la opulencia de las casas que se enlazaban, demostrada en los brillantes florones de las coronas ducales, se unían al testimonio del cariño de los amigos por mil caprichosos objetos demostrados. Había allí profusión de esos preciosos frascos que toda mujer elegante necesita para guardar sus perfumes favoritos ó sus sales escogidas, unos tapados con el topacio de color de ambar, como el regalado por los Marqueses de Molins; otros con pulidos granates y claros brillantes, como el que era ofrenda de los Condes de Paredes; encerrados otros en caja de cristal, como el de los Marqueses de Casa Irujo; algunos con artísticos esmaltes, como el de D. Mariano Zarco, ó con nobiliaria corona que sobresalía entre todos, el que acredita el buen gusto de D. Félix Nicolas.

El precioso relojito de sobremesa con primorosos esmaltes, regalo de la señora viuda de la Roca, ha de señalar seguramente en su reducida esfera las horas de felicidad y ventura que esperan á los recién casados.

El frasco y el vaso encerrados en una caja de plata á propósito para la silla de montar, regalado por D. Scipion Morcillo, era tributo rendido á los gustos de amazona de la nueva Duquesa.

El abanico, esa prenda tan indispensable á la mujer, que ora entretiene con él sus diminutas manos, ora agita el aire ó medio vela el rostro haciéndole auxiliar de sus gracias, estaba dignamente representado en la caprichosa exposición por los que habían mandado, como testimonio de su amistad, los Duques de Montellano y los Marqueses de Sierra-Bullones; por el de calado marfil de la señorita de Larios; por el de nácar con encaje de aplicación y pintura de los Marqueses de Viso, y por el de concha y cabritilla, en cuyo paisaje se ha lucido el Sr. de Los Arcos que le regalaba.

Los artísticos jarrones, que son hoy uno de los mejores adornos del salón, no podían faltar entre tan ricos objetos, y los había verdaderamente preciosos. Recordamos entre ellos los de hierro incrustados de los Sres. de Bahúer, que son preciosos; los de bronce y porcelana de los Condes de Valencia de Don Juan; el del Marqués de Montealegre y el de los Condes de los Arcos, notándose también por su buen gusto los de estilo Luis XV, con que los empleados de las oficinas de la casa Fernan-Núñez han demostrado á la hija su afecto.

Había también multitud de esas preciosas cajas que sirven para guardar la joya predilecta, el recuerdo querido, cofres misteriosos que suelen encerrar á veces en flores marchitas, en simbólicos atributos historias íntimas del corazón, y entre estos objetos se notaba desde luego por su primorosa elegancia la caja de bronce con lapislázuli de la Duquesa de la Torre; la de oro y esmalte de doña Mercedes Gonzalez; la de bronce plateada de los Barones de Forna, y la adornada con un granate del Conde de Pino Hermoso.

Junto á las cajas se veía un artístico plato de marfil de ricas labores, regalado por los hermanos Oñate; una cestita filigrana, que trae á la memoria recuerdos de Triannon y de Versalles, evocando la época de Luis XVI á que pertenece, y que ha sido ofrecida por el Marqués de Guadalcázar. No lejos había un precioso cuchillo para papel, de oro lapislázuli y brillantes, que demostraba cómo pueden llegar la riqueza y el arte hasta los más pequeños objetos, regalado por los Condes de Velle.

Un devocionario de la Condesa de Bacquer y un crucifijo antiguo del Marqués de San Carlos, traían á la memoria los recuerdos de la vida cristiana, en tanto que tres pájaros del Brasil, don de la distinguida y elegante señora de Buschental, ostentaban su rico y variado plumaje como elocuente manifestación de los esplendores de América.

Una bandeja de oro y plata con incrustaciones de bronce, regalo de D. Alejandro Llorente, daba allí idea de las maravillas del Renacimiento y de los primores con que la industria moderna imita fácilmente las costosas perfecciones de lo antiguo.

Una sombrilla de encaje blanco de Brusélas con turquesas, de los Marqueses de Miravelles, y otra con el mango *enironné*, de los Marqueses de Bedmar, esperaban á que su nueva dueña los ponga en el peligro de estar entre dos soles.

Pueden figurar también dignamente en cualquier colección de objetos artísticos la mesa de madera y porcelana del Conde del Serrallo; el reloj y las estatuitas de porcelana antigua de los Condes de Torre-Cabrera; la jardinera de bronce con dos negros, de la Marquesa de Casa Hincastro, y el velador de bronce verde de los Condes del Sacro Romano Imperio.

Prodigios del pincel no podían faltar en tan rica colección, y había un precioso cuadro regalado por el Marqués de Donadio, un retrato de una querida é inolvidable persona, pintado por Esquivel y regalado por el mismo, y la yegua *Boadtil*, pintada diestramente por Balaca y llevada á aquella encantadora Exposición por el Marqués de Ahumada.

Una corona de castellani romano, regalo de D. Carlos y de doña Margarita d'Adda, traía á la memoria los recuerdos de la época señorial de la gran ciudad, recuerdo que completaba una tallada copa, que con un brazaletes en forma de herradura, constituía el presente de los señores de la Encina.

Al lado de un alfiler formado por una moneda antigua, verdadero monumento de Numismática, regalado por el coronel Nogües, se veían como prueba de tierno afecto y dulce amistad dos alfileres en forma de bandurria el uno, regalado por las señoritas de Beyens, y en forma de guitarra otro, de la señorita de Encina.

En alfileres y pulseras había allí una verdadera riqueza, y no parecía sino que el capricho y el buen gusto se habían propuesto ofrecer sus más raras combinaciones. Ora los espléndidos brillantes tomaban la forma de la cifra de un nombre adorado, como en los alfileres ofrecidos por los Marqueses de la Puente y los Vizcondes de la Torre de Luzon, ora imitaban la acerada hoja de agudo puñal, recuerdo de los *bravos* de Venecia, como en el de D. Miguel Gonzalez del Valle, ó bien copiaban las escamas de la culebra, como en la pulsera regalada por D. Alberto Falcó, notable también por su perla negra, y en el alfiler de las señoritas de Soto-Mayor, ó adoptaban la caprichosa forma del lagarto, como en los tributos de la Condesa de Fernandina y del Conde de Peña Ramiro.

Un medallón regalado por los Marqueses de Bogaraya recordaba la época bizantina, de que indudablemente procede, y contrastando con aquellas clásicas formas de lo antiguo, veíanse á su lado los medallones modernos de más esbelta hechura, procedente uno con granate, brillantes y dos perlas, del Marqués de Sardoal, que ha acreditado como siempre su buen gusto; otro, con brillantes también y perlas, de los Marqueses de Almonacid, y otro, con nobiliaria corona, del Barón de Haber.

El espacio falta para ocuparse detenidamente de todas

aquellas preciosidades con que lo más distinguido de Madrid manifestaba sus simpatías a la hija de los Duques de Fernan-Núñez, y hemos de suspender la descripción con bastante sentimiento, pues bien merecían algunos elogios el rico abrigo de martas cibelinas de los Marqueses de Mina y de su hermano D. Felipe; el velador de bronce de don José Esperanza; los floreros de china de los Condes de Nava del Tajo; la rica joya de los Marqueses de la Torrecilla, formada por una pulsera en forma de espadaña con brillantes y granates, y otras muchas más; pero es preciso hablar de los regalos de la familia y terminar este largo artículo. Ocupémonos, pues, de ellos sin detener la vista ni ante las labores del pañuelo de encaje de la Marquesa de Casa la Iglesia, ni ante la artística forma de la taza de plata de los Condes de Vista-Hermosa, ni ante la elegancia del juego de té ofrecido por Mlle. Tierrey, ni ante la colección de plumas de brillantes unas, como la de la Marquesa de Javalquinto, y de oro otras, como las de D. Fernando O'Lawlor y D. Manuel Alvear.

Llama desde luego la atención por su exquisito buen gusto entre los presentes de la familia, la joya ofrecida por la emperatriz Eugenia. Representa lo más delicado entre las creaciones de la naturaleza, una flor, y entre las flores, la que más adorna los cabellos de la hermosa y la que más recuerda los cármenes de Andalucía, el clavel. Forman las hojas ricos y espléndidos brillantes, y la delicadeza de lo que la joya representa y la riqueza de las piedras que la componen, pregonan desde luego el buen gusto de la mujer y la munificencia de la reina, que tan admirablemente se hermanan en la que trocó la corona de Condesa de Teba por la de emperatriz de poderoso imperio, y ejerció con una y con otra la irresistible dictadura de la gracia.

Un brazalete de esmaltes y brillantes es el presente de la ilustre Condesa de Montijo a la que es desde el 10 de Diciembre su querida nieta.

Los Duques de Tamames mandaron a su nueva hermana un precioso trébol de azules turquesas, que cumplirán ahora exactamente su misión de augurar venturas.

Los Príncipes Pios de Saboya ofrecieron una cruz y pendientes de purpurinos rubies y de nítidas perlas, y perlas también formaban el aderezo que con una rica guarnición de colas de martas cibelinas constituyen el regalo del señor Baron de Benifayó a su sobrina.

Pero donde la espléndida riqueza de las casas de que los novios proceden se ha demostrado, ha sido en los regalos de los Duques de Fernan-Núñez, del Duque de Alba y del afortunado novio.

Figura entre los primeros un collar de nueve hilos con seiscientos veinte perlas y un rico broche de brillantes.

El golfo Pérsico y las islas de Ceylan y de Bahrein han contribuido con sus más escogidos productos a la formación de este collar, para el cual se han ido reuniendo en el transcurso de los años las más ricas perlas que de generación en generación han pasado a los herederos de los Condes de Cervellon y de los Duques de Fernan-Núñez.

Acompañan a este collar, digno de una reina, una corona de rubies, los más bellos ejemplares del género corindón ó telesia, y de magníficos brillantes.

Dón digno del que lleva el nombre de Berwick y de Alba, a la que ha de ser heredera de sus títulos, eran catorce estrellas formadas por brillantes que sirven de marco a una perla rica, como cuenta la tradición que eran aquellas que disolvió Cleopatra en medio los arrebatados vértigos de un banquete.

Con estas joyas ha ofrecido el Duque de Alba unos deslumbradores pendientes de las esmeraldas más ricas que han producido las minas del Perú; otros de amatistas como no habrán brillado nunca en el rico pectoral de un obispo, y dos ramos grandes de diamantes y varios broches, regalos de reyes a sus antepasados.

El Duque de Huéscar ha encontrado en el espléndido guarda-joyas de sus ilustres abuelas, para ofrecer a la elegida de su corazón, a la compañera de su vida y a la que ha inundado de felicidad su alma, una corona ducal compuesta por nueve florones en que los fulgidos destellos del brillante se confunden con los verdes fulgores de la esmeralda y los nacarados resplandores de las perlas, y que se completa con una peineta de tres florones, iguales exactamente a los de la corona.

Sonrosado coral del Golfo de Nápoles, pulimentado por los delicados dedos de las compañeras de aquella interesante Graziella que ha servido de modelo a una de las más brillantes creaciones de Lamartine, componen otro aderezo.

Trasparentes amatistas, que parecen sacadas del tesoro de una catedral gótica, forman los florones de la corona, los remates de la peineta, los colgantes de los pendientes, las labores del brazalete y los hilos del collar de otro riquísimo aderezo.

Y como si tantas maravillas no fueran bastante, las aumentan dos pulseras con cinco hilos de perlas cada una y broches de amatistas y brillantes; dos, en que lucen la palidez de las perlas, la sonrosada luz de los diamantes y los fantásticos destellos de las esmeraldas, esas deslumbradoras piedras que parece que han fijado en sus facetados destellos de la luz de América, y siete de oro y esmalte, en que el dibujo ha trazado las más caprichosas fantasías.

Al lado de estos modelos de la platería antigua, completados por un collar en forma de cadena, con broche de brillantes y esmeraldas, que debe haber servido para sostener las preseas del Toison ó de San Jorge, se ve una elaboración de la platería moderna, formada por un medallón, en que los brillantes se mezclan con las puras turquesas orientales.

Una peineta de oro mate y dos collares de lo mismo, con bolitas uno, y con nudos y bellota otro, comprados recientemente, dan una idea del gusto de nuestros días, siendo tan rica y espléndida la colección, que casi pasan desapercibidos en ella un broche de granete con una perla en medio, otro que lleva el lema de la insigne orden de la Jarretière *Honni soit qui mal y pense*, y dos alfileres de rubies y dos de brillantes, que con un cinturón de oro y brillantes también

completan las ofrendas que el Duque de Huéscar ha puesto al pié de la señora de sus pensamientos y albedrío al ofrecerla su corazón y su mano.

Los grabados que acompañan a estas líneas son reproducción exacta, entre otras joyas, de las coronas ducales. Jamás habrán brillado en más hermosa frente, aún después de haber lucido en la de la digna hermana de la que ciñó, con honra para ella, la de poderoso imperio.

Vamos a terminar brevemente con la reseña de estas bodas.

El lunes 10 de Diciembre era el destinado para la solemne ceremonia, y la noche antes anunciaron la fiesta los nacionales acordes de la guitarra de los vecinos del barrio, que querían ofrecer también a la bella desposada tributos de su admiración y de su cariño.

Por espacio de largo tiempo tocaron los populares aires de la jota las improvisadas orquestas en el patio del palacio de los Duques, y la gráfica y pintoresca musa del pueblo expresó en vivos cantares deseos del corazón y afectos del alma.

Al día siguiente poblaba los salones lo más selecto de la sociedad madrileña.

Los *Debates* ha dicho, hablando de las damas que allí había:

«Rejuvenecía la vida y alegraba el corazón de los más indiferentes a las galas de la naturaleza y del arte aquel concurso de bellezas, aquella accidental exposición de ojos hermosos y chispeantes, de talles esbeltos, de instintivas seducciones, de meridionales gallardías, entre las cuales se destacaban con razón ufanas, como quien defiende el buen nombre de la patria, más de una hermosa, trasplantada por los caprichos del destino a la tierra que baña nuestro sol ardiente desde los extremos polares.

»Trieste, la gala del Adriático, tenía allí distinguida embajadora; Milán, preciosísima representación, y las auras marítimas del Golfo de Baya enviaron de Nápoles, de esa Andalucía de Italia, bellísimo ejemplar, capaz de competir en viveza y gracia con las arrebatadoras hijas del Guadalquivir, del Turia y del Manzanáres.»

A las once comenzaba la sagrada ceremonia, y el Cardenal-Arzbispo de Toledo, luciendo los ornamentos pontificiales, leía con voz sonora los consejos de la Epístola de San Pablo, que escuchaban con amarga sonrisa las casadas, con gran atención las solteras y con profunda emoción los novios.

Pronunciaron solemnes palabras: *Sí*, dijo con tímido acento ella; *sí*, exclamó con anhelante entusiasmo él, pintándose en el rostro del novio, que vestía el uniforme de maestrante, la expresión de la felicidad, mientras ella leía en el libro de misa que llevó a la primera comunión las oraciones que aprendió de niña, para implorar la felicidad del cielo.

La bondad del Santo Padre había permitido que, a pesar de estar cerradas las velaciones, la ceremonia fuese completa, y la blanca mantilla que cubría la cabeza de la desposada anudábase en dulce lazo al hombro del duque de Huéscar.

— *Benedicet nobis omnipotens et sempiternus Deus*, — exclamó al fin, elevando al cielo las manos, en que brillaba el consagrado anillo, el Cardenal-Arzbispo, y la ceremonia quedó consumada.

Una lágrima de esas que, según Lamartine, asoman a los ojos siempre que conmueve la emoción el alma, brillaba en los ojos de la Duquesa de Fernan-Núñez, que quizá recordaba en aquellos momentos el feliz instante en que, uniéndose al que es su esposo, aseguró su dicha y fundó la familia que es su encanto.

Poco después la Duquesa de Huéscar pasaba de los brazos de sus padres a los de su nueva familia, y marchaba a recibir la bendición de la Condesa de Montijo, que recordaría otros felices momentos de su vida.

Más tarde, la joven y enamorada pareja entraba en el palacio de Liria, embellecido para recibir a su nueva dueña, que, dejando allí sus galas de desposada, partió con su esposo a Romanillos, para pasar en el campo las felices horas de su *luna de miel*.

Quiera el cielo que jamás empañen nubes el cielo de su dicha.

K'SABAL.

MERCADOS.

Los precios de los granos en la primera quincena de Noviembre se han mantenido firmes durante la segunda en casi todos los mercados de España, y en muchos de ellos han tenido mejora.

Este movimiento es natural. Los pueblos que, como España, se bastan con sus producciones agrícolas para satisfacer sus primeras necesidades, no pueden sentir los resultados de la concurrencia en las importaciones exteriores, que podría ser causa de la depreciación. Así es que, como a medida que las estaciones avanzan, el consumo aumenta y las existencias disminuyen, es lógico que los granos vayan lentamente mejorando de precio.

Empezaremos, pues, esta revista quincenal por las provincias del Norte. El trigo, cuya medida usual, como la de todos los cereales, es en aquella comarca el *Robo*, se ha mantenido desde 21 reales a 22 y 25 céntimos; la cebada de 10 a 11,75; el maíz, de 13,25 a 14; la avena, de 9 a 9,50, las habas, de 19 a 21; las alubias de 45 a 48, y los cañamones, de 17 a 17,75. De estas provincias Alava ha tenido los precios más bajos, Navarra algo más subidos, pero todas ellas, como se observa por los anteriores datos, con cierta nivelación.

En las dos Castillas, los sucesos comerciales, al decir del *Boletín de Comercio* de Santander, de la *Crónica Mercantil* de Valladolid, el *Caput Castelle* de Burgos y otros periódicos

y correspondencias particulares que tenemos a la vista, han sido de escasa importancia. Con todo, las harinas y los trigos se han distinguido algo por la actividad de la demanda, y porque estos dos artículos marchan siempre a la cabeza del movimiento mercantil de Castilla y constituyen, por decirlo así, la fisonomía de sus mercados.

Las harinas tuvieron, pues, en Santander, el precio de 17 a 18 reales arroba, habiéndose exportado para Inglaterra y América más de 30.000 sacos, y el trigo, de que también se ha hecho alguna exportación, se ha mantenido desde 37 a 41 reales fanega; casi lo mismo que en Valladolid, que no ha pasado de 40 a 43, y que en Burgos, cuyo precio medio ha sido el de 41. La cebada, en todas las provincias castellanas inclusa Madrid oscilaba entre 15 y 22 reales; el centeno, entre 21 y 26; algarrobas, de 15 a 17; castañas, de 25 a 28; maíz, de 22 a 26; yeros, en pequeñas partidas, de 27 a 28; y morcajo, de 26 a 30.

Las lluvias de Rioseco, Carrion de los Condes, Valencia de Don Juan, Mota del Marqués, y otros pueblos, con que han sido más fuertes y torrenciales de lo que conviniere a las sembradoras, han dificultado también el cruce de la arriería, y esto ha contribuido a que la concurrencia fuese menos activa y los precios no hubiesen alzado algo más.

Los mercados de Cataluña han tenido alguna más animación, tanto por los arribos que por el comercio de cabotaje y por los caminos de hierro se hacen a Barcelona para la exportación a Montevideo, Buenos-Aires, el Brasil y otros puntos de América y de Europa, como por la condición de aquella capital, más rica en producciones fabriles que en caldos y cereales.

Así se observa que aún cuando las transacciones de trigos no han sido muchas en la segunda quincena de Noviembre, no han sido tampoco menos que las de la primera, manteniéndose los precios con firmeza en Lérida, Gerona, Manresa, Puigcerdá y Tortosa; y habiendo mejorado en Barcelona, Tarragona, Reus y otras plazas. Formado el cómputo de todos estos precios, resulta que los trigos candeales de Castilla se han vendido en Cataluña de 17 a 20 pesetas la cuartera (equivalente a 70 litros); los de la Mancha, de 17 a 18,25, y los de Aragón, aunque en cortas partidas, de 16 a 17 pesetas.

Las harinas castellanas, de las cuales no ha habido gran exportación al extranjero, y casi las compraventas hechas han sido para cubrir las necesidades del consumo, se han sostenido las de primera clase, entre 18 y 19 pesetas los 41,60 kilogramos; las de Aragón, de 17 a 18,50; y las elaboradas en el antiguo Principado, donde no escasean las fábricas harineras, desde 16,25 a 19,50 pesetas. Las cebadas han tenido poco arribo y menos demandas; así es que los precios continuaban como en la quincena anterior, de 7 a 9 pesetas la cuartera de 70 litros; sucediendo lo propio con el maíz, que lo mismo el catalán que el de Tortosa y que algunas pequeñas partidas procedentes de Sevilla, se han cotizado desde 10 a 11,50 pesetas la cuartera. Las demas semillas, como habas, garbanzos y yeros, han tenido poco movimiento, y en algunos puntos los precios fueron casi nominales.

En Valencia, Castellón, Alicante y Murcia, los trigos que llaman *rojos* han estado desde 2 a 3 pesetas el decálitro, y los mezclados, de 2 a 2,50; la cebada, a 1 peseta, con muy ligeras variantes; el arroz superior, a 4,25; el mediano, a 3,65, y el infimo a 3,40. Las harinas a 4,70, 4,50 y 3,40 pesetas los 10 kilogramos, respectivamente, las de primera, segunda y tercera clase. Las alubias superiores, conocidas en Valencia y Castellón por las de Pinet, a 2,80 pesetas el decálitro. El maíz desde 1 peseta a 2 pesetas, y las algarrobas desde 75 céntimos a una peseta la expresada unidad de peso.

Restanos dar cuenta de los mercados de Andalucía y Extremadura. En estas provincias, donde el movimiento de los granos es más frecuente y variado, por lo mismo que es mayor la producción, aunque no más importantes las transacciones, los trigos han fluctuado entre 42 y 62 reales la fanega, según su clase, pues mientras en las alhóndigas de Málaga y Granada los precios de los de tercera eran de 50 a 52 y los de primera de 58 a 62, en Sevilla, Cádiz, Jerez y el Puerto, donde se clasifican los trigos en «del país», «pintones», «extremeños», «mezclilla», «tremes» y otras variaciones, se vendían de 42 a 45 reales fanega del inferior y de 48 a 54 los superiores. La cebada del país de 21 a 25 reales; la navegada, de la cual se consume mucha en las ciudades marítimas, de 18 a 20; las habas, de 28 a 33; maíz, de 32 hasta 46; garbanzos, desde 65 a 104 según sus distintas clases; y los alverjones, yeros, escaña, avena y demas semillas menos usuales, a los mismos precios de la quincena anterior, solicitadas en muy pocos puntos y en escasas partidas.

30 de Noviembre, de 1877.

NOCIONES DE JARDINERÍA.

ENERO.

Primera quincena.

Pocos son los trabajos que durante todo este mes pueden efectuarse, ni hay tampoco motivo para ello en los jardines. Continúanse los movimientos de tierras, limpiándolas con esmero de las malas hierbas que se arrancarán de raíz. Prepárense los terrenos destinados a nuevas plantaciones, cubriéndolos de tierra de brezo cuando se dedican a plantas que la necesitan. Hágase la debida provision de las tierras y abonos que puedan necesitarse. Se vigilarán atentamente los invernáculos, estufas y cajoneras acristaladas, cuidando de cubrirlos contra los efectos de las heladas. Pueden ponerse en las estufas templadas ó calientes los tiestos de plantas cuya florescencia se desee anticipar, siendo de las de cultivo al aire libre.

Continúan floreciendo las plantas indicadas en la anterior quincena, y en los tiestos se pueden tener en flor, además,

la resaca de flores grandes, el carraspique siempre florido y el tusilago oloroso. Poco ó nada de riego, y examínense de vez en cuando las cebollas, que se tienen guardadas en un saco para que no se maleen.

CRIANZA Y MANTENIMIENTO DE LAS PLANTAS.

(Continuacion.)

Es conveniente que la plantacion de árboles se haga entre dos personas: mientras una sostiene el árbol á plomo, á la altura indicada, la otra arroja pequeñas paletadas de tierra fina sobre las raíces; y en cuanto el árbol puede sostenerse solo, se echa tierra á mano entre todas las raíces, de modo que no queden vacíos, y se aprieta un poco. Terminada la plantacion no se debe de ningun modo apisonar la tierra al pié del árbol, como es muy comun hacer; esto puede ser perjudicial; por lo ménos es inútil.

La dificultad con que los árboles de algun tiempo *prenden*, proviene de las muchas supresiones que es preciso hacerles en las raíces; y si bien la trasplantacion de la mayor parte de los árboles puede hacerse desde el otoño hasta la primavera por punto general, teniendo en cuenta, por supuesto, la naturaleza y el estado de la tierra para la eleccion de momento oportuno, no debe echarse en olvido que la única época propicia para la trasplantacion de ciertas especies es la primavera, cuando va á subir la savia.

Cultivo en macetas, cajones, etc. El cultivo en tierra libre ó en el suelo es el que indudablemente da mejores resultados; pero entre las plantas de adorno que se cultivan ordinariamente hay muchas originarias de países cálidos y que sufren, por consiguiente, mucho con el frio. Para hacerles pasar el invierno sin daño, es preciso, pues, criarlas en macetas, ó tiestos, ó en cajones que durante esta estacion se resguardan en un sitio donde no puedan perjudicarles las heladas y que no necesita ser un invernáculo, bastando que sea una habitacion de la casa y hasta una cueva. El cultivo en macetas proporciona el tener las ventanas adornadas con flores y follaje todo el año, aun en climas frios, si á aquél se atiende con esmero é inteligencia. Pero las plantas criadas en estos espacios limitados consumen al cabo de cierto tiempo la cantidad de sustancias nutritivas que contiene para ellas la tierra; y de aquí que es indispensable renovar ésta y recortar las raíces y ramas unas veces; otras, mudar la planta á otro tiesto mayor, cuando su crecimiento lo hace preciso. La necesidad de la primera de estas operaciones, que se llama entre los jardineros *recebar*, se conoce en que la planta va dando hojas muy pequeñas y en su vegetacion general se nota cierta languidez. Hay algunas plantas que, á pesar de esto, se encuentran mejor cuando sus raíces han invadido toda la tierra del tiesto. Por esto lo mejor es guiarse por los signos exteriores de la vegetacion para decidir lo que haya de hacerse en cada caso. Respecto á este ramo del cultivo, hemos dado ya, y seguiremos dando, prescripciones detalladas y particulares al hacer las indicaciones quincenales para el de las plantas que componen la coleccion, con la cual se pueden tener flores durante todo el año, en los tiestos sobre todo.

Tanto los tiestos como los cajones deben tener un agujero en el fondo para que salga el agua sobrante del riego, agujero que se cubre con un pedazo de plato, maceta, etc., ó tiesto, como dicen en Valencia y otros puntos; sobre él se echa arena gruesa, piedrecillas, escombro menudo, objetos, en fin, que dejen establecida una capa muy permeable. Echase tierra como hasta la mitad del cajon ó maceta, sin apisonarla; se saca la planta del otro recipiente con cepellon entero, esto es, con toda la tierra que tiene agarrada á las raíces; se examinan y despuntan éstas, á lo que llaman *refrescarlas*, y se hace con instrumento bien afilado para que los cortes sean limpios, y se araña con la punta del mismo el interior del cepellon, con objeto de que las raíces encuentren fácil camino para penetrar en la tierra nueva y fresca. Se coloca la planta así dispuesta en el nuevo cajon ó maceta; llénense los huecos con tierra y mantillo preparados con este objeto, y apísonese un poco de modo que el cuello de la planta quede á un nivel un poco más bajo que los bordes del recipiente, para que quede desde la superficie de la tierra hasta ellos un hueco de uno ó dos centímetros, con lo que se regará más cómodamente. Despues se riega un poco y se pone la planta á media sombra durante un par de dias.

Riego. El agua es de primera necesidad para el mantenimiento de los vegetales; pero no bastándoles siempre la que reciben naturalmente de las nubes, es preciso que el jardinero les proporcione la que les falta, por medio de riegos oportunos. Hay muchas especies que exigen gran cantidad de agua, absorbiendo de continuo cuanta se les da; otras quieren poca humedad, y entre estos extremos se encuentran todas las gradaciones posibles. Cuando á las plantas les falta la cantidad de agua que les es necesaria, se quedan bajas, raquíticas, florecen mal y, en fin, no se desarrollan. El exceso de agua favorece el crecimiento de unas partes en perjuicio de otras; en general el follaje se desarrolla á costa de la florecencia, es decir, que una planta regada en demasía da, en proporcion, más hojas que flores; á pesar de todo, puede asegurarse que lo que más falta les hace á los vegetales casi siempre es agua. Si muchas semillas no brotan ó brotan mal, si las plantitas del semillero ó las del criadero perecen, es por no haberles suministrado en la cantidad y forma convenientes la necesaria humedad. Las mejores legumbres se deben al riego constante é inteligentemente proporcionado. En primavera y otoño conviene regar por la mañana; en verano, siempre por la tarde, y aun á veces un poco tambien á la salida del sol.

Las plantas que crecen en tiestos y cajones deben regarse con mucha frecuencia, diariamente desde Abril á Noviembre. El estado de la superficie de la tierra dará la medida de la oportunidad para el riego. Si está seca, riéguese. Cuando en otoño se vea que la vegetacion de estas plantas se suspende y cesa, se van disminuyendo los riegos hasta suprimirlos por completo. El estado de la planta servirá de guía.

En los jardines es de mucha importancia la operacion de abonar, ó más bien abrigar los semilleros, y aun las tablas de legumbres, con una ligera capa de uno á tres centímetros de mantillo menudo ó fino que se dispone en montoncitos de trecho en trecho y se esparce con la pala ó el rastrillo con la mayor igualdad posible. Esta operacion tiene por objeto especial calentar el suelo, impedir que se seque y se agriete, y por fin, dar á las plantas elementos nutritivos cada vez que llueve ó se riega como se riegan los semilleros. En las huertas bien cultivadas se abonan ó cubren de este modo, en primavera, todos los semilleros y criaderos.

Otra operacion importante es la de empajar, que se reduce á cubrir una ó muchas tablas cavadas con una cama de estiércol medio repodrido, de unos 2 centímetros ó más, con la mayor igualdad y de modo que no se vea la tierra. Así se mantiene húmeda la tierra, se facilita la absorcion del agua de riego, se opone un obstáculo á su evaporacion y se procura á la tierra, en provecho de las plantas, sustancias nutritivas. La *pajaza* concentra la humedad en mayor proporcion que el mantillo, por lo cual no se debe emplearla mientras no haga bastante calor. En primavera se debe abrigar los semilleros y criaderos con mantillo á principios de la primavera y del otoño, y empajarlos en verano, dando esta operacion grandes resultados en las terrenos ligeros, areniscos; á pesar de esto y de sus reconocidas ventajas, sobre todo en países calidos, está poco generalizada.

Calzar es amontonar tierra al pié de una planta con varios propósitos. Así se calza el *maíz* en los campos para que se desarrollen raíces en los nudos inferiores de la caña, proporcionando así á la planta un aumento de nutricion. Se calzan las *patatas* para aumentar los tallos subterráneos sobre los cuales se forman los tubérculos; se calza el *apio*, el *cardo* para que sus hojas sean más blancas y tiernas, etc.

Hay una enfermedad que padecen las plantas á consecuencia de privarlas de aire y de luz, y que los jardineros emplean para hacer más tiernas ó moderar cierto sabor muy pronunciado en algunas legumbres. Es la *clorosis* ó *blanquillo*, y así se blanquea la *achicoria silvestre*, poniéndola en una cueva; y esta legumbre así preparada ha recibido el nombre, procedente de Francia por cierto, de *barba de capuchino*. Tambien se blanquea la *achicoria rizada*, la *escarola*, la *romana*, ciertas *lechugas*, atando las hojas por el copete ó cubriendo por completo la planta con zarzos de paja, pajaza ú hojas. Se obtiene el mismo resultado con ciertas plantas cubriendo las tablas sobre que están con una cama de tierra ligera, y mejor aun de mantillo.

Cultivo alterno. La teoria de este sistema, aplicada principalmente al cultivo en grande, tiene aplicacion perfecta tambien al que se practica en los jardines. Por más que se abone ó se beneficie un terreno, si una especie se cultiva muchos años seguidos en el mismo sitio, aniquila el suelo, y los productos que en él se obtienen van en disminucion progresiva y concluyen por no indemnizar de los gastos al jardinero, sobre todo al horticultor. Así las albitanas de espárragos no duran más de diez años; los melocotoneros deben reemplazarse por cerezos ó perales al cabo de veinte. Un cuadro de frenal no es fértil más que durante dos años, ó á lo sumo tres, y es indispensable hacer la plantacion nueva en otra parte para reemplazarle. Los guisantes no aguantan bien más que un año en el mismo terreno. Así es que los jardineros inteligentes siguen el ejemplo de los agricultores valencianos en general, y los de la huerta de la capital en particular, y alternan las especies de legumbres, plantando sucesivamente en el mismo bancal las que dan como fruto utilizable, ya la hoja, como las lechugas; ya la raíz, como los nabos; ya la semilla, como los guisantes.

La trasplantacion de las plantas vivaces, los cambios de tiesto son, en realidad, una aplicacion del cultivo alterno, puesto que así se da á las plantas tierra nueva, en la cual encuentren nuevo alimento sus raíces. Las plantas, lo mismo que los animales, no se nutren todas de las mismas sustancias; así resulta que un terreno que no puede ya mantener una especie, puede dar vida á otra distinta. Como hemos dicho, esto, que se aplica en la Agricultura en general con grande estudio, tiene igual aplicacion lo mismo en los jardines de simple adorno que en los jardines-huertas ó en las huertas.

TIRO DE PICHON DE LISBOA.

2 DE DICIEMBRE DE 1877.

- 1.^a *Piña*.—Tres pájaros.—La ganó el Sr. Osborne Sampayo con 4 en 4, á 25 metros.
 - 2.^a *Piña*.—Ganada por Eduardo Barreiros con 4 en 4, á la misma distancia.
 - 3.^a *Piña*.—Ganada por el Sr. Augusto Ferreira Pinto Basto con 3 en 3, á igual distancia.
 - 4.^a *Piña*.—Ganada por el Sr. Infante (D. Augusto) con 3 en 3, á 24 metros (calib. 16).
 - 5.^a *Piña*.—La ganó el Sr. Luis Oliva con 3 en 3, á la misma distancia (calib. 16).
 - 6.^a *Piña*.—La dividieron los Sres. Eduardo Barreiros y Carlos Ferreira Pinto Basto con 4 en 5, á 26 metros el primero y á 25 el segundo.
 - 7.^a *Piña*.—Ganada por el Sr. Conde de Villa Real con 3 en 3, á 25 metros.
 - 8.^a *Piña*.—De un pájaro.—La ganó el Sr. Augusto Ferreira Pinto con 4 en 4.
- Se tiraron 157 pájaros. Se mataron 92.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA.—30 DE NOVIEMBRE DE 1877.

- 1.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en un pichon 4 tiradores.
Sr. D. Scipion Morillo, 2 de 3, g.
- 2.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en un pichon 5 tiradores.

- Sr. D. Scipion Morillo, 1 de 1, g.
- 3.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en 3 pichones 6 tiradores.
Sr. Conde de Montebello, 3 de 3, g.
Sr. D. Eduardo Auspach, 3 de 3, g.
- 4.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en un pichon 6 tiradores.
Sr. Conde de Montebello, 2 de 2, g.
- 5.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en un pichon 5 tiradores.
Sr. Marqués de Ahumada, 3 de 3, g.
Sr. D. Francisco Serrano, 2 de 2.
Sr. D. Eduardo Auspach, 2 de 2.
Sr. Duque de Tamames, 2 de 2.
- 6.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en un pichon 6 tiradores.
Sr. Marqués de Ahumada, 2 de 2.
Sr. Duque de Tamames, 2 de 2.
Sr. D. Scipion Morillo, 3 de 3, g.
- 7.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en un pichon 6 tiradores.
Sr. Conde de Montebello, 3 de 3, g.
Sr. Marqués de Ahumada, 3 de 3, g.
Sr. Duque de Tamames, 2 de 2.
- 8.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en un pichon 6 tiradores.
Sr. Marqués de Ahumada, 3 de 3, g.
Sr. D. Scipion Morillo, 2 de 2.
- 9.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en un pichon 5 tiradores.
Sr. Conde de Montebello, 4 de 4, g.
Sr. D. Scipion Morillo, 3 de 3.
Sr. D. Francisco Serrano, 3 de 3.
La tirada terminó á las 5.

7 DE DICIEMBRE DE 1877.—TIRADA ORDINARIA Á LAS DOS DE LA TARDE.

- 1.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 5 pichones 2 tiradores.
Sr. D. Faustino Udaeta, 3 de 3.
Sr. D. Juan Ibarra, 4 de 4, g.
- 2.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en 3 pichones 6 tiradores.
Sr. D. Faustino Udaeta, 2 de 2.
Sr. Marqués de Ahumada, 3 de 3, g.
Sr. Vizconde de la Torre de Luzon, 2 de 2.
- 3.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en 3 pichones 6 tiradores.
Sr. Marqués de Ahumada, 4 de 4, g.
Sr. D. Faustino Udaeta, 3 de 3.
- 4.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en un pichon 6 tiradores.
Sr. Conde de Gomar, 2 de 2.
Sr. Marqués de Ahumada, 2 de 2.
Sr. D. Faustino Udaeta, 3 de 3, g.
- 5.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en un pichon 6 tiradores.
Sr. D. Juan Ibarra, 5 de 5.
Sr. D. Fernando Heredia, 6 de 6, g.
- 6.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en un pichon 6 tiradores.
Sr. Conde de Gomar, 2 de 2.
Sr. Vizconde de la Torre de Luzon, 2 de 2.
Sr. D. Juan Ibarra, 3 de 3, g.
La tirada terminó á las cuatro y media.

AVELINO.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14 á 14,50 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 38 á 41 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 17 á 18,50 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 12,76 á 12,82 fanega. Y la cebada, de 5,08 á 5,10 fanega.

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion del cuadrado del número anterior.

I.					
B	a	r	a	t	a
a	m	a	d	i	s
r	a	t	e	s	o
a	d	e	m	a	n
t	i	r	a	n	a
a	s	o	n	a	r

Para dar la solucion en el próximo número.

I.

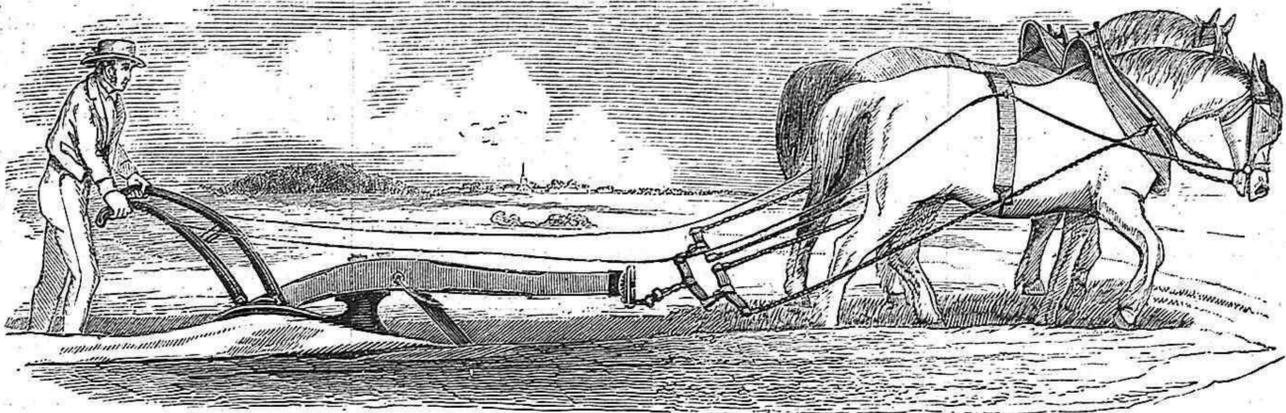
- 1.^a Sabio de la India.
- 2.^a Planta azucarada.
- 3.^a Rey ostrogodo.
- 4.^a Metal oxidado.
- 5.^a Hembra no muy blanca.
- 6.^a Echar á perder una cosa, ó sacar á alguien de quicio.

PROPIETARIO.

D. J. Luis Albareda.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Arribas y C.^a (sucesores de Rivadeneyra), IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.

ANUNCIOS.



ARADO «SAFONT».

Estos arados, muy reforzados, tienen la vertedera, la reja y el resguardador, en fin, todas las piezas en contacto con la tierra, son de acero, de modo que la tierra no se pega al arado y el tiro es sumamente ligero. Un par de bueyes basta. Para roturar en tierras de mucha raíz y grama es el mejor conocido. En tierras fuertes es muy á propósito para toda clase de labor.

DAVID B. PARSONS,

Calle de Pajaritos, núm. 3 (Barrio de Salamanca), MADRID.

O ENGENHOSO FIDALGO
D. QUICHOTE DE LA MANCHA
 POR
 MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA
 TRADUÇÃO DO
 VISCONDE DE BENALCANFOR

Socio da Academia Real das Sciencias de Lisboa, correspondente da Real Academia de Historia de Madrid, da Sociedade de Economia Politica de Paris, do instituto de Coimbra, membro professor da Academia de Jurisprudencia e Legislação de Madrid, etc., etc.

Auxiliado para mais facil interpretação do texto por D. Luiz Breton y Verda. Desenhos de Manuel de Macedo e gravuras de D. José Severini.

ESTÁ PUBLICADA A 6.ª CADERNETA

Preço de cada caderneta 70 réis pagos ao distribuidor

Assigna-se no escriptorio do editor e proprietario Francisco Arthur da Silva, Rua dos Douradores, 72, Lisboa.

AGENDA DE BUFETE

Ó LIBRO DE MEMORIA DIARIO PARA EL AÑO DE 1878,
 CON NOTICIAS,
 GUÍA DE MADRID Y EL CALENDARIO COMPLETO.

El Certificado de cada paquete hasta 10 kilos se paga aparte y cuesta UNA PESETA.

	PRECIOS.	
	MADRID.	PROVINCIAS.
En rústica.	1 pesetas y 75 cént.	2 pesetas y 25 cént.
Encartonada.	2 — »	2 — 50 —
En tela á la inglesa.	3 — 25	3 — 75 —

Las mejoras de este año 1878, entre otras novedades, son: Tarifa del impuesto de consumos y arbitrios

municipales aprobada por el Ayuntamiento de Madrid y que ha de regir durante el año económico de 1877 á 1878.—Arbitrios municipales sobre puestos públicos, etc.—La Instrucción para la administración y cobranza del impuesto sobre cédulas personales.—Nueva Tarifa de Correos.—Nueva Tarifa de los coches de plaza, etc., etc.

Se hallará de venta en la Librería extranjera y nacional de D. C. Bailly-Bailliére, plaza de Santa Ana, núm. 10, Madrid, y en las principales librerías de provincias.

GUANO NATURAL DEL PERÚ.

Dirigirse á D. José Eusebio Rochelt.

BILBAO.

DIPLOMA DE HONOR,

MEDALLA DE ORO y GRAN MEDALLA DE ORO EN LAS EXPOSICIONES de LYON y MOSCOU, 1872.
 MEDALLA DE PROGRESO (equivalente á la gran medalla de oro) EN VIENA, 1873.

MÁQUINA DE VAPOR VERTICAL

DE LA CASA

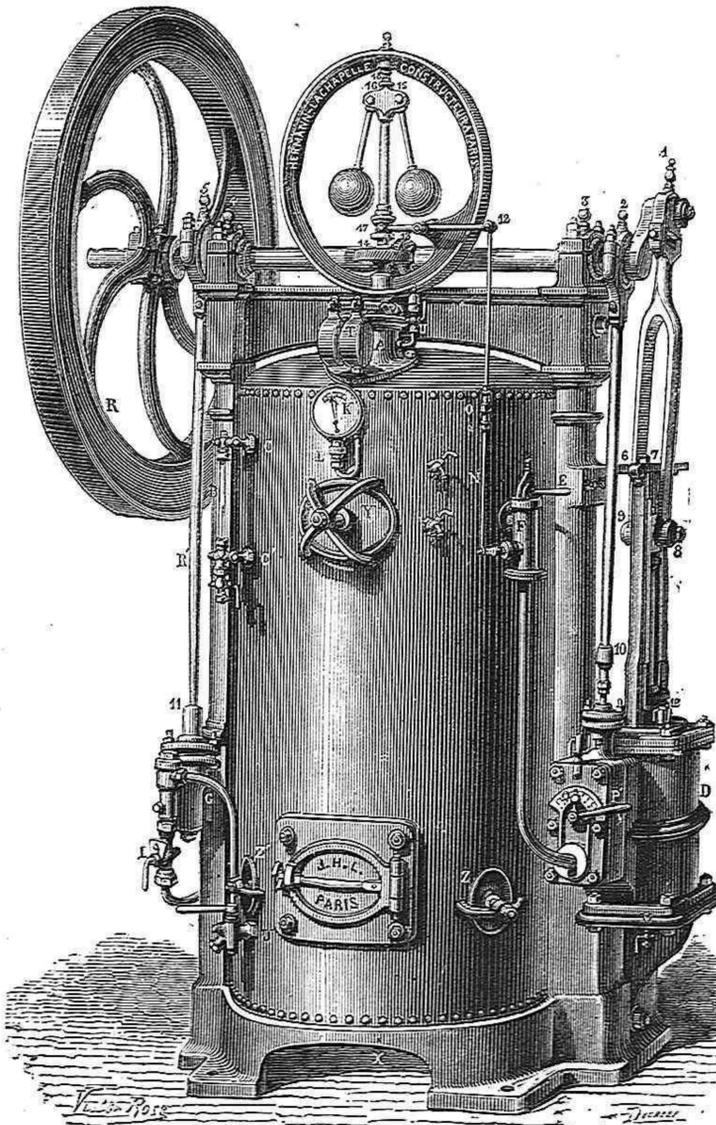
J. HERMANN-LACHAPPELLE.

Entre las máquinas que más especialmente han llamado la atención del público en la Exposición internacional que se ha verificado en Viena en el año 1873, debemos colocar en primera línea las máquinas verticales de vapor de la acreditada casa J. Hermann-Lachapelle, inteligente constructor mecánico, rue du Faubourg-Poissonnière, 144, en Paris.

No ha habido siquiera un solo visitador competente que no haya admirado la feliz disposición, que se observa en dichas máquinas, del mecanismo motor, reunido por completo alrededor de la caldera, y, sin embargo, separado de ella por medio de un zócalo adherido á la misma (*socle-bâti*), que soporta todo el peso; á la vez que la armonía general del conjunto y ese carácter especial de inmejorable construcción que los mecánicos verdaderamente hábiles saben imprimir á todas las obras que salen de sus talleres.

Y hé aquí la causa de que un aparato de disposición tan ingeniosa, y que presenta tantas ventajas á los industriales á quienes está dedicado, no podía ménos de asegurarse rápidamente una gran fortuna.

En efecto; poder trasportarse sin obstáculo alguno, y ser instalada con facilidad increíble en cualquier punto, no necesitándose para la instalación trabajo preparatorio de ninguna clase; no ocupar sino un espacio extremadamente reducido; presentar, en fin, una construcción tan sencilla que puede ma-



MÁQUINA DE VAPOR, VERTICAL, DE LA CASA J. HERMANN-LACHAPPELLE.

nejarse de la manera más fácil por cualquiera persona,—tales son, además de un precio en venta relativamente muy módico, las cualidades esenciales de esta máquina.

Por estas y otras razones, las grandes ventajas de las máquinas verticales de vapor, de pequeña fuerza, montadas sobre zócalo aislador, han sido demostradas por la experiencia desde hace muchos años, y, por lo que hace á Francia, existen muy pocas fábricas y talleres manufactureros en que estos utilísimos aparatos mecánicos no hayan sido adoptados definitivamente, con preferencia á cualesquiera otros. Mr. J. Hermann-Lachapelle, vulgarizando el uso de los mismos por el interés con que atiende á la construcción, ha prestado un eminente servicio á la industria francesa, y aún á la extranjera.

Esto, en verdad, ha sido claramente reconocido y declarado por el jurado de la gran Exposición artística é industrial que acaba de celebrarse en Viena, y el cual, concediendo al hábil mecánico parisiense la *Medalla de Progreso*, equivalente en el certámen vienés á la *medalla de oro* de otras exposiciones, le ha otorgado la recompensa más alta que había sido señalada para máquinas de esta clase.

El jurado de Viena, por lo demás, no ha hecho con tal acto de notoria justicia sino confirmar otros actos semejantes de sus antecesores en las Exposiciones de Londres, Paris, Altona, Santiago, Moscou, Lyon, etc.

En virtud de tan honrosísima recompensa, las máquinas de vapor verticales de la casa J. Hermann-Lachapelle han sido oficialmente reconocidas sin rival, no solamente en Francia, sino aún en todas las naciones del mundo.